
Hernán F. Porras

Papel histórico
de los grupos humanos
de Panamá





Prólogo

ALFREDO FIGUEROA NAVARRO

Luego de cuarenta y seis años de escrito, el ensayo *Papel histórico de los grupos humanos de Panamá*, del antropólogo, economista y jurisconsulto Hernán Francisco Porras Castro (1922 - 1971) ha merecido plurales reediciones de las cuales la última, de abril de 1998, correspondió a la Editorial Portobelo.

Releyendo sus páginas, descubrimos a una mentalidad genuinamente ilustrada, polivalente y en extremo multidisciplinaria que, a través de la Etnología, la Historia, la Geografía, la Economía, la Ciencia Política y otras Ciencias Sociales, cuadrícula hábilmente el rol de distintos grupos humanos en la conformación de la nacionalidad panameña.

Parte definiendo las zonas geográficas del Istmo y distingue a la Geografía – Clima (selva tropical, sabana tropical, tierras altas) de la Geografía – Morfología (tierras altas, área de San Blas, pampa coclesana, sabana tropical de la Península de Azuero) y de la Geografía – Situación (Zona de Tránsito, Zona del Interior de la República y Zona Marginal).

Asimismo, elucida lo que entiende por grupos humanos y por traumas. El primer término dice relación con la Antropología y podría definirse como conjuntos de “familias que, por ra-

zones de color, de costumbres, economía e historia, se solidarizan entre sí y juegan un papel distinto a otros en las combinaciones del poder y la cultura”.

Éstos, a veces, se hallan integrados **verticalmente** y constituyen **castas y clases sociales**. Sin embargo, en otras ocasiones, se encuentran localizados **horizontalmente** pudiendo estar desconectados. El segundo concepto, vale decir, el de trauma, es de neta raigambre psicológica. Por trauma se considera un “impacto proveniente del exterior, que penetra con gran fuerza en el cuerpo social de la nacionalidad, provocando desajustes en el equilibrio preexistente y estimulando la elaboración de un nuevo equilibrio interior, con gran desgaste de energías, que permita la supervivencia de la nación”. Conviene precisar que, según la terminología de Hernán Porras, el trauma debe provenir del exterior y desequilibrar los elementos constitutivos de la nacionalidad. Asimismo, destaca, entre los grupos humanos, al aborigen, al africano y al blanco.

Escoge doce traumas sufridos por el cuerpo social panameño desde el coloniaje hispánico hasta los albores del siglo veinte. Estos serían:

1. Las ferias de Portobelo y el tránsito colonial ístmico;
2. Las incursiones bucaneras;
3. El reemplazo de la ruta de Panamá por la del Cabo de Hornos;
4. La restauración de las ferias de Portobelo;
5. La nueva supresión de las ferias;
6. La liberación de los esclavos;
7. “La California” y el ferrocarril transístmico;
8. El centralismo colombiano y su amenaza a la autonomía local;
9. El Canal francés;
10. La guerra de los mil días;
11. El rechazo del Tratado Herrán-Hay;
12. El Canal norteamericano.

Examina los resultados de esas intrusiones y sus efectos en el equilibrio geográfico de las distintas zonas de Geografía – Situación.

Y concluye que muchos traumas han favorecido a la Zona de Tránsito propendiendo a fortalecer el transitismo. En este sentido, Hernán Porras adhiere a cierta filosofía de la historia que se cultivaba a la sazón (recuérdese el ensayo de Octavio Méndez Pereira titulado *Panamá: país y nación de tránsito* (1946) en el que el fundador de la Universidad de Panamá desarrollaba la idea de que el tránsito era la razón de ser de Panamá).

Además, el padre del antropólogo que prologamos, Belisario Porras Barahona (1856-1942), Presidente de la República en tres ocasiones, había expresado que Panamá sólo existía por y para el Canal.

Dentro de los distintos grupos humanos, Hernán Porras reconoce ciertos subgrupos como, por ejemplo, el kuna, el cimarrón, el blanco latifundista, el blanco capitalino, el blanco campesino, el africano – peón, el africano doméstico – urbano, el mulato santanero o arrabalero – urbano y la clase media provincial (al principio coclesana y, posteriormente, extendida a otros ámbitos rurales).

Existe un intento, por parte de Porras, de concebir tipos – ideales y suministrar tipologías, bastante geométricas y químicamente puras, de varios grupos humanos y sus subgrupos. He aquí un rasgo saltante de sus pensamientos proyectados a un nivel de abstracción elevadísimo. De aquí emana el carácter asaz simétrico de su metodología, ideopurista la hubiera calificado Ricaurte Soler, perfectamente acorde con los postulados de las Ciencias Sociales coetáneas y de hogaño. En ese esfuerzo de alcanzar la “verdad” a través de tipos ideales weberianos, se inscribe el sugerente, cerebral, ambicioso e inusitado ensayo de Hernán Porras, quien, como antropólogo, cultivó una suerte de aproximación teórica de su disciplina, aprendida en los Estados Unidos de la década del cuarenta y en el Colegio de México, del

cual fuera Pasante de la Maestría en Antropología, según proclama su brillante currículo.

Otra parte del ensayo de Porras aspira a analizar los grupos humanos y los traumas de la Colonia a fines del siglo diecinueve. Aquí elucida la actuación de cada grupo humano a raíz del advenimiento de los doce traumas.

A renglón seguido, ofrece un panorama de los grupos humanos al iniciarse el período de anexión a Colombia prodigando sesudas cogitaciones a propósito de la dinámica o de la marginación del kuna, del cimarrón, del blanco latifundista, del blanco capitalino, del arrabalero, del azuereño y de la clase media provincial.

De inmediato, pasa a circunscribir las relaciones entre los grupos humanos y las ideologías políticas decimonónicas, en otras palabras, el liberalismo y el conservatismo. Resulta original el discurrir de sus argumentos pues adelanta que los grupos humanos panameños adoptaron elementos de ambas corrientes heterodoxamente. Así el blanco capitalino, más bien conservador, tomó tres elementos del conservadurismo y tres características del liberalismo. El mulato arrabalero, pese a ser liberal, también enarboló rasgos del conservadurismo como la xenofobia y el antilibrecambismo. La clase media provincial, por definición conservadora, fue a su vez, heterodoxa porque del liberalismo calcó ciertas propensiones como el popularismo, pese a ser oligárquica. Finalmente, el campesino de Azuero, liberal por antonomasia, acclimató elementos heteróclitos de los credos en pugna.

Merced a las vivaces nomenclaturas dispensadas por Porras, se patentiza el dinamismo de los grupos humanos contemplados que mezclan con atino ingredientes de ambas cosmovisiones para desembocar en una nueva *Weltanschauung*.

Un último capítulo estudia la guerra de los mil días y las vísperas de 1903. Aquí se explica, entre otros asuntos, la alianza del blanco capitalino con la clase media provincial, que llegará a su apogeo bajo la égida del Presidente Rodolfo Chiari (1924-1928), y el eje o diunvirato Santa Ana-Azuero, el cual alcanzará

su cénit con ocasión de la conflagración fratricida de 1899-1902 y de 1912 a 1924. El ensayo termina con una apoteosis del blanco capitalino quien “hizo lo que otros no pudieron construir” el 3 de noviembre de 1903.

La guerra de los mil días significó, según el malogrado antropólogo, el “primer esfuerzo coordinado en escala nacional efectuado por las fuerzas populares de Panamá por conquistar el poder”.

Como quiera que el texto prologado figuró en la obra colectiva *Panamá: 50 años de república*, sospechamos que, por la conclusión en que ensalza al blanco capitalino, el autor acaso adheriría a la leyenda rosada de la separación novembrina. Un punto criticable de todo su andamiaje yace en la décimo octava generalización de su *Papel histórico de los grupos humanos de Panamá*. En ella otorga papel descollante al blanco capitalino, “grupo clave debido a su especialización en política exterior”. Nunca sabremos si ésta respondiera al estudio (de 1952) escrito por Carlos Manuel Gasteazoro titulado “Reflexiones sobre el esplendor y ocaso del rabiblanco”.

Asimismo, sorprende que la cuarta generalización tilde de ineficaz el concepto de clase social para interpretar nuestra historia. Todo un programa, opuesto a esta conclusión, emergerá de inmediato para cuestionar el aserto e incluso hubo científicos sociales, anteriores a la publicación de este libelo, quienes utilizaron con felicidad el vocablo, como la socióloga Georgina Jiménez de López (en 1949) al referirse a la clase media panameña.

Entre las generalizaciones más felices figurarían la novena que considera a la nacionalidad como el resultado del “equilibrio dinámico de los grupos humanos que la componen en un momento dado” y la décima que advierte que, cuando existe desequilibrio, el “grupo amenazado busca a menudo alianzas exteriores para protegerse”.

Además, en la decimotercera, se clasifican los traumas como de superimposición o de oscilación. Aspecto criticable del en-

sayo radica en la ausencia de referencias bibliográficas y fuentes. Si gana en originalidad, no es menos cierto que pierde en materia de reconocimiento al aparato crítico que lo sustenta.

En realidad el destino etnológico de Hernán Porras le condujo a ser un incurable teórico, a la manera parsoniana, en el marco de la elaboración de una “teoría de la patria”, expresión que inspirara a Rodrigo Miró el título de uno de sus libros más emblemáticos, publicado hacia 1947. Su responsable síntesis teórica sostendría, a poco, los basamentos de la antropología aplicada de una Reina Torres de Araúz (1932-1982) a quien tocó institucionalizar la Antropología en Panamá tanto merced a la cátedra universitaria (1955) en la Casa de Méndez Pereira cuanto a través del trabajo de campo, como en la creación de agencias estatales dedicadas a esos menesteres que le confirieron sentido y alcance a su corta parábola vital.

Cabría mencionar su testamento académico, *Panamá indígena* (1980), obra que condensa las labores de tres décadas de pesquisas en el terreno, magnífico legado de una mujer impar, al tiempo que cumple aludir, en bien de la salud anímica de las nuevas generaciones, al abanico de museos establecidos por su devoción entre los cuales fulge, con luz propia, el Museo del Hombre Panameño, inaugurado en 1976, al que hoy llamamos Museo Antropológico Reina Torres de Araúz.

De suerte que habría que considerar a Hernán Porras, luego del siglo que le antecedió de investigaciones antropológicas extranjeras en torno a Panamá, como el panameño que sentó la reflexión más capaz con miras a institucionalizar la Antropología científica elaborada por la inteligencia nacional. De ahí se desprende la trascendencia que emana de su ensayo de interpretación dedicado a nuestros grupos humanos.

Si la fortuna de una obra estriba en las respuestas que suscita, el *Papel histórico de los grupos humanos de Panamá* ha engendrado ingentes contrapuntos teóricos y empíricos gracias a los trabajos de infinidad de científicos sociales panameños des-

de Reina Torres de Araúz, Carlos Manuel Gasteazoro, Alfredo Castellero Calvo, Ricaurte Soler, Omar Jaén Suárez y Stanley Heckadon Moreno, entre otros, como también en el plano de los académicos foráneos.

Indudablemente, jóvenes hornadas de investigadores han aspirado, a la luz del aporte de la documentación inédita, de primera mano, o invocando novísimas teorías, a responder a las espléndidas intuiciones de Hernán Porras.

Una invitación revisionista consistiría en estudiar el sinnúmero de grupos humanos no contemplados en este trabajo y su contribución a la nacionalidad. Otra perspectiva enriquecedora arrancararía de un análisis, zona por zona, de los distintos grupos humanos que existen, por ejemplo, a escala provincial y distrital.

En todo caso, la valencia de las reflexiones de Hernán Porras insurge claramente por su capacidad de generar polémicas, estimular, con el dardo de la ironía socrática, los ánimos de los intelectuales de la plaza obligando a pensar con método y lucidez.

Hombre trágico, a semejanza de todo intelectual panameño que pretenda vivir con base en una estricta escala de valores, hijo y nieto de mandatarios de Panamá y Costa Rica, de jurisconsultos de Colombia, cercano a las esferas del poder, aspirante a regir los destinos de su país, Hernán Porras no logró, pese a su envidiable formación académica, emular la carrera de alfarero de instituciones tutelares que había sido la de su egregio progenitor. Increíblemente, sus cargos más representativos los ocupó en tierras francesas y chilenas, en la UNESCO o a guisa de asistente de Raúl Prebisch.

Quiso, según nos lo recordaba Roque Javier Laurenza, dotar a la clase rectora panameña de una lista aceptable de valores mínimos y fracasó en su intento. Había nacido, si cabe, en una época hostil, armado de las más limpias ejecutorias. Sobresalga su obra como el mejor regalo a Panamá de su cavilar.

UNIVERSIDAD DE PANAMÁ, ENERO DE 1999.



Prólogo

El autor de este ensayo, *Papel Histórico de los Grupos Humanos de Panamá*, no necesita presentación alguna, no la necesita tampoco su obra, y sin embargo, valga la presente reseña para quienes no lo conocieron.

Como él solía advertir:

“Yo sé que todos los hombres somos cosa intrascendente, y que con todo y nuestra vanidosa presunción algún día desapareceremos en la nada, pero sé también que lo único que perdura son las ideas, cuando éstas son útiles en sucesivas generaciones”.

Esta monografía fue escrita en el año de 1953, con motivo de la conmemoración del cincuentenario de la República, y fue publicada en la obra *Panamá, 50 Años de República*, de la Junta del Cincuentenario. Fue reeditada en la Revista Lotería N° 161, de abril de 1969, y hoy, veinte años después, su vigencia va acrecentando su demanda entre los estudiantes de la Universidad de Panamá.

De ahí la necesidad de la presente edición, que se lleva a cabo por iniciativa de Su Excelencia el Lic. Juan Antonio Tack, uno de los amigos predilectos del Dr. Hernán Porras.

HERNÁN FRANCISCO PORRAS:

Hemos sentido la necesidad de escribir estas líneas, a manera de invocación a la memoria de un hombre que difícilmente podremos olvidar los que le conocimos.

Creo que no hubo ser humano capaz de penetrar en lo profundo de su espíritu: era como una torre inaccesible.

Y como tal, era un hombre que se sabía triunfador de todas las lides. Era un ser superior, dueño de sí mismo, acostumbrado a medir todas las alturas por debajo de sí, y no estaba acostumbrado a la derrota; sin embargo, no había vanidad en él.

Había alcanzado los más grandes honores y distinciones, tanto en el ámbito nacional, como internacional: Asesor Personal de Raúl Prebisch, como su asistente en el Instituto de Planificación Económica y Social, Sub-Director de la Unesco, Director de Planificación de la República de Panamá, Ministro de Estado.

Hernán Francisco Porras tenía una pausada indiferencia por el futuro, como si dispusiera siempre de mucho tiempo. Realizaba sus cosas y decía:

“Es preferible hacer pocas cosas bien hechas; las cosas incompletas o defectuosas, es como si no las hubiéramos realizado”.

Era un ser singular, pero como todos los humanos, grandes y pequeños —estaba hecho de mármol y de cieno—, tenía grandezas y pequeñeces, virtudes y flaquezas. Con todo y ellas era un ser enorme, que sobresalía sin esfuerzo por encima de sus semejantes.

Nos halagaba con elogios cuando alcanzábamos el éxito en nuestras faenas y nos reprobaba con encendida ira los fracasos. Nunca admitía que los triunfos fueran el producto del azar, y afirmaba sentenciosamente que el fracaso era el jornal de los incompetentes.

Se reía constantemente de lo trágico. Hacía mofa del dolor y de la muerte, y la evocaba a manera de irónica elucubración, elaborando para cada quien, según las circunstancias, obituarios y ritos funerarios.

Escogía lápidas, discursos, coronas de flores y cementerios. En el fondo, pese a su solemnidad en estos casos, siempre encontraba el modo de reír, con frases llenas de sentido, que difícilmente podemos olvidar.

Generoso en grado extremo y sin medida, regateaba frecuentemente los centavos, y se complacía en llevar una contabilidad de ciertos gastos intrascendentes, como para demostrarnos que él

podía siempre obtener en todos los servicios los mejores precios.

Exagerado y meticuloso en el protocolo, y el trato jerárquico que merecen los demás, de acuerdo con sus posiciones y títulos, era increíblemente resistente a ellos, hasta soslayar con desagrado el trato reverencial y el elogio personal.

En todas las ocasiones que ocupó, evitaba siempre el exhibicionismo, y rechazaba el espectáculo, no quería jamás ser centro de interés de los demás, y escapaba a la reunión de muchedumbres.

Evitaba el reconocimiento de sus obras, para lo cual prefería pasar inadvertido, pero siempre encontraba razones para repartir los méritos ganados entre sus subalternos.

Huía de aquellos seres que sufren las complejas vanidades de los que han alcanzado cierta altura, por haberes de fortuna y de poder, pero no se inhibía frente a ellos. Si había de hacerles frente, tomaba la ofensiva y les desafiaba con el garbo señorial de un príncipe, para demostrarles una superioridad por su talento, que nadie osaba alcanzar: era ésa su arma.

Disfrutaba de largas excursiones a la campiña, visitaba los lugares más recónditos e inaccesibles de nuestro país, y entonces en ellos se repletaba de sí mismo, como si se encontrara con lo profundo de su ser, y buscaba con alegría infantil el diálogo con los ancianos, que son custodio de antiguos secretos y fantasías, los artesanos y artistas, y aquellos que tenían algún interés folklórico regional.

“Yo solamente creo en el hombre que tiene espíritu creativo. Hasta para hacer cosas con las manos se necesita la mente”.

Su vida toda transitaba por un proscenio de alegrías sencillas y de largos abatimientos y agonías. Vivía de euforias, de lamentos, de sueños, fantasías y pretensiones al alcance de su mano.

Se angustiaba de cosas intrascendentes, y se alegraba de otras que no nos llamaban la atención.

Una vez le transcribí un informe, que me dictó de una sola sentada, creo que no duramos más de una hora en el trabajo, y luego me dijo al finalizar:

“Estoy agotado, demasiado cansado, creo que no voy a poder trabajar por una semana”.

Sorprendido, le advertí que si trabajase en esa forma de manera sistemática, podía realizar una obra sustancial; me miró con gesto de reproche y me respondió:

“Tú no tienes idea del esfuerzo que ha colocado mi cerebro en producir la idea medular de este trabajo. Fue exactamente en esta forma como yo hice *los grupos humanos...*”.

Y así lo vi trabajar otras veces, a largos intervalos, porque era un hombre de grandes inspiraciones. Pero luego de ellas, quería disfrutar de horas de charla informal.

Se reunía con grupos de amigos a tomar café, generalmente prefería visitar el café Boulevard Balboa, y en sus largas charlas fumaba incesantemente, monologando, casi siempre monologando, entre taza y taza de café tinto.

En esas largas charlas, nunca se sabía dónde terminaba la fantasía y cuándo penetraba en el análisis severo de los temas más complejos y diversos.

En esos frecuentes lapsos de descanso, solía advertir que algún día se retiraría a escribir, cuando alcanzara la edad venerable de la jubilación.

Hacía mofa de todos los honores y títulos, distinciones y grandezas, pues sólo creía en el hombre que se agiganta por su creatividad y talento. Para nadie era un secreto que poseía tres títulos universitarios, uno de los cuales había obtenido con notas sobresalientes en la Universidad de Harvard.

Y sin embargo, varias veces le oí repetir:

“Hay una cosa que he anhelado toda mi vida: ser miembro de la Academia de la Historia, pero nadie me ha propuesto espontáneamente”.

Y luego hacía fútiles conjeturas para explicar la razón por la cual no lo habían propuesto.

Se mofaba con cariño de sus afectos más íntimos, con mentiras intrascendentes, concitando a unos y otros al debate, y con ello provocaba interesantes discusiones, que debían fundamen-

tarse con todo el rigor académico, y en ellas quería ser siempre el juez evaluador de las ideas.

Y solía advertir:

“Yo mido la inteligencia de mi interlocutor por dos signos inequívocos: por su capacidad para el buen humor y resistencia de la broma, y su capacidad de asimilación de mis exposiciones”.

No hay duda de que era un ser incomprensible muchas veces, afirmaba que se ahogaba en un medio demasiado pequeño, donde tan sólo hacía devoción a la rutina, y entonces, por largos días, se introvertía, como sumergido en sí mismo, en un mutismo impenetrable del que nadie le hacía salir.

Acuñaba frases que él llamaba para la posteridad y las repetía una y otra vez:

“Yo sé que todos los hombres somos cosa intrascendente, y que con todo y nuestra vanidosa presunción algún día desapareceremos en la nada, pero sé también que lo único que perdura son las ideas, cuando éstas pueden perdurar en sucesivas generaciones”.

“El hombre práctico es aquél que piensa a corto plazo y en beneficio propio. El idealista es aquél que piensa a largo plazo y en beneficio de los demás”.

“Lo único que vale la pena de la vida son los afectos que hemos acumulado, las cosas que hemos hecho, y nuestras pequeñas alegrías”.

Se quejaba de que a nuestros dirigentes les faltaba a menudo un sentido del buen humor, y celebraba lo pintorescos que eran seres como Nikita Krushev y Charles De Gaulle, y lo pálidos y enfermizos que resultaban sus sucesores.

“El buen humor es un lenguaje que nunca aprenderán los mediocres”.

Era un lector insaciable, y su memoria prodigiosa, casi fotográfica, había adquirido un poder de asimilación, que yo diría sin temor a equivocarme, que casi no tenía memoria pasiva.

HERNÁN F. PORRAS

Entre sus lecturas, que no fueron pocas, tenía predilección por el estudio de la Historia, pero sin desconocer su interés en cualquier tema de las ciencias sociales, de las cuales era un estudiante metódico.

Era realmente un sabio, con un conocimiento increíble como una enciclopedia abierta.

Y sin embargo, le escuché advertir una vez:

“De todas las cosas que he leído en mi vida, nada me ha impresionado tanto como Arnold Toynbee. Creo que solamente a un hombre así yo podría llegar a tenerle envidia”.

J. CONTE-PORRAS
junio de 1973.

Introducción

El tema

El presente artículo es un esfuerzo por visualizar la historia de la nacionalidad panameña desde la colonización hasta los fines del siglo XIX con miras a descubrir puntos de referencia que permitan comprenderla.

Una nación consta fundamentalmente de una población más o menos unificada, y de un área geográfica que le sirve de habitación. El autor estima que en el factor geográfico se ha aclarado con bastante acierto la existencia de zonas geográficas dentro de la República, aunque no con la precisión que el tema requiere; y que, en cuanto a lo que podríamos llamar geografía externa, nuestros investigadores han comprobado la posición estratégica del Istmo y la existencia de poderosas influencias foráneas, que por razón de esa misma posición se han vertido sobre el cuerpo social.

Con estos elementos de base no se ha podido explicar de manera integrada, a juicio del que escribe, la dinámica de la parte humana de la Nación. Esto obedece a defectos de enfoque teórico.

Nuestros comentaristas han tratado de explicarnos esta dinámica a base de personalidades, de clases sociales en pugna o de ideologías políticas en competencia.

Las explicaciones a base de personalidades ligadas a hechos históricos, resultan una mera antología anecdótica que no permite ninguna generalización.

La explicación a base de clases sociales resulta ineficaz por el hecho de que importantes sectores de la población del Istmo no

han estado integrados económicamente entre sí durante largos períodos de tiempo y porque, además, su actuación histórica ha obedecido a menudo a reacciones psicológicas y de otra índole, sin parar mientes en las consideraciones de tipo económico.

La explicación a base de banderías políticas es aún más ineficaz, porque las ideologías sufren en nuestro ambiente modificaciones que desnaturalizan su significado original y crean un caos de nomenclaturas inconexas.

Reconocimientos

Para este escrito se han utilizado diversos conceptos teóricos: (a) Teorías de Transculturación y Áreas Culturales de la Antropología General, principalmente norteamericana; (b) Antropogeografía y Teoría del “Kith” de Ellsworth Huntington, para los que hemos llamado “grupos humanos”; (c) Teoría General de la Historia de Arnold Toynbee; y finalmente, (d) Algo de Marx, Pareto y Freud para las situaciones más circunscritas.

Definiciones

Los conceptos aquí utilizados son en su mayor parte de uso común. Sólo dos necesitan una aclaración previa, el de grupos humanos y el de trauma.

Por grupos humanos se entiende aquí a un conjunto de familias que, por razones de color, de costumbres, economía o historia, se solidarizan entre sí y juegan un papel histórico distinto a otros, en las combinaciones del poder y la cultura. A veces se hallan integrados verticalmente, en cuyo caso se asemejan a castas y a clases sociales, pero en otras ocasiones, se encuentran localizados horizontalmente, desconectados, o relacionados en un plan de independencia los unos de los otros.

El concepto de trauma se toma prestado de la psicología. El trauma, tal como se usa aquí, consiste en un impacto proveniente

del exterior, que penetra con gran fuerza en el cuerpo social de la nacionalidad provocando desajustes en el equilibrio pre-existente y estimulando la elaboración de un nuevo equilibrio interior, con gran desgaste de energías, que permita la supervivencia de la Nación. La restauración del equilibrio es a menudo incompleta. La Nación queda desfigurada o amputada cuando su capacidad de resistencia es demasiado débil en relación con la fuerza del impacto recibido. Pero su voluntad de SER se sigue manifestando en un forcejeo constante de rebelión flexible contra el determinismo impuesto.

Premisas fundamentales

El “hábitat” de la Nación panameña se compone de diferentes zonas geográficas. Sobre este molde se vierten, en distintas épocas, masas humanas de antecedentes culturales variados. De la interacción de hombres, geografía, cultura e historia, se condensan los llamados grupos humanos con sus respectivas zonas de habitación. A veces varios grupos en una misma zona, a veces uno solo en su provincia.

Sobre este cuerpo social heterogéneo y a menudo no integrado, descienden los traumas con sus consiguientes efectos de crisis y conmoción. La comunidad panameña se ve afectada por éstas en sus bases geográfica y humana. En la primera, el efecto puede ser el del encogimiento de la periferia nacional hacia un área más restringida y defendible; también ocurre el fenómeno del cambio del asiento del centro de gravedad geográfica de una zona a otra o el de favorecer el crecimiento desmedido de una a expensas de otras.

Los efectos del trauma sobre la base humana de la nacionalidad son análogos. Hay desplazamiento de un grupo por otros. Desaparición de algunos, y crecimiento desmedido de otros.

De acuerdo con las premisas planteadas, se proseguirá a examinar cada una de ellas. Se hablará primero de las zonas

HERNÁN F. PORRAS

geográficas, luego de los grupos humanos, iniciales de los traumas, de los efectos de éstos sobre el área geográfica nacional, de sus efectos sobre los grupos humanos y finalmente, se llegaron a ciertas conclusiones que constituyen una hipótesis operante sobre lo que se ha llamado “Teoría de la Patria”.

I Zonas geográficas

El escenario sobre el que se vierten los pueblos del Istmo está dividido en varias zonas delimitadas por factores de geografía-clima, de geografía-morfología y de geografía-situación. Estos factores coinciden a veces en una misma Zona, a veces la subdividen, y en otras se superimponen.

Geografía-clima

Con la resultante vegetación, ha producido en Panamá tres Zonas fundamentales: la Selva Tropical, la Sabana y las Tierras Altas.

La Selva Tropical abarca el Darién, el borde Oeste y Norte de la Provincia de Panamá y toda la vertiente Atlántica de la República, más algunos islotes que para los propósitos de este ensayo podemos ignorar.

La Sabana Tropical envuelve vertiente del Pacífico de la República, desde el centro de la Provincia de Panamá hasta la costa de Chiriquí, incluyendo el centro-oriente de la Península de Azuero.

Las Tierras Altas las forman fundamentalmente las áreas de la cordillera que se ensanchan algo a la altura de Coclé y más en Chiriquí y Bocas del Toro. Esta zona lo es también de la geografía-morfología.

Geografía-morfología

La geografía morfología ha producido cuatro divisiones de importancia. Éstas son:

Las tierras Altas que se acaban de describir, que se caracterizan por una topografía quebrada que dificulta las comunicaciones favoreciendo el aislamiento vegetativo de la población durante largos períodos de nuestra historia.

La segunda división geográfica a base de la morfología la constituye el área de San Blas. Aquí tenemos tres fenómenos geográficos geoméricamente paralelos. Una costa larga, estrecha y accesible a la navegación rudimentaria, separada del resto del continente por una cordillera boscosa que sigue a la costa en toda su extensión. Del otro lado, hacia el norte, un archipiélago de numerosas islas a flor de mar, que corre paralelamente también con la costa. Entre costa y archipiélago, un mar interior apacible, separado de los puertos nacionales por el océano Atlántico, que veda en gran parte la navegación rudimentaria de la civilización Kuna que habita el área. Esta región es una subdivisión de la zona climática de Selva Tropical.

La tercera división geográfica es la de la Pampa coclesana. Esta área pertenece a la Sabana Tropical, pero su topografía es de llanura sin fin. Su margen norte la forma una cordillera central, seca, estéril y angosta en su vertiente Pacífica, y húmeda y boscosa en la Atlántica. En esta sección, la cordillera no ofrece regiones de habitación convenientes con excepción de tres tímidos ensayos de altiplanos y hoyas tropicales: el Valle de Antón, La Laguna y Sorá. Por el sur, la Pampa bordea con anchas playas casi rectas, manglares y pantanos de la costa del océano Pacífico. De la cordillera a la costa, la extensión es grande. Largos ríos espaciados el uno del otro, sometidos a la fuerte evaporación de un sol inmisericorde, la surcan de vez en cuando. El color de la tierra es a menudo el de la tiza, demostrando estar grandemente lavada.

A estas divisiones le sigue la región de Sabana Tropical de la península de Azuero, principalmente la Provincia de Los Santos y parte de Herrera. El área que llamaremos en este trabajo Azuero la forma una región irregular cuyos vértices son Ocú,

Pesé, Chitré, Mensabé, Punta Mala, Tonosí y nuevamente Ocú. Aunque el clima es generalmente de Sabana Tropical, su topografía es ondulante. Abundan las colinas y hay hasta un hermoso y fresco valle central, Vallerico. La cordillera es aquí más accesible y abierta. No termina abruptamente al borde de la Pampa como en Coclé, sino que se confunde con la llanura costera ondulándola casi hasta el mar. Como consecuencia de esto hay quebradas y ríos numerosos pero cortos. Hay más bosques bajos y parajes que en Coclé, con sus consiguientes caseríos. La tierra está menos lavada que en la Pampa y su color es casi siempre de un rico chocolate.

Geografía-situación

El factor geográfico desde el punto de vista de la situación de las áreas del país y sus consiguientes relaciones entre sí y con el exterior, ha delineado tres zonas principales: la Zona del Tránsito, el Interior de la República, y la Zona Marginal.

La Zona de Tránsito abarca al Istmo en su parte más estrecha, e incluye, en su vertiente pacífica, parte de la Zona de Sabanas, y en su vertiente atlántica, una faja de la Selva Tropical.

La Zona del Interior de la República coincide en su parte central con la zona climática de la Sabana al oeste de la de Tránsito, pero incluye, en fechas recientes, parte de las Tierras Altas de Chiriquí.

La Zona Marginal está formada por las áreas de Selva Tropical y de montaña o Tierras Altas que a través de nuestra historia no han sido integradas eficazmente con la vida política y económica del resto de la República de una manera constante, comparable con la integración de las otras zonas entre sí. Éstas son el Darién, el oriente de la Provincia de Panamá, la Costa Atlántica, la Provincia de Colón en su sección occidental y Bocas del Toro, junto con la vertiente occidental de la Península de Azuero.

II Los grupos humanos

Sobre este molde geográfico se vertieron, en diferentes épocas distintos estrados humanos. Nuestra historia los ha clasificado con el sustantivo de razas, palabra asaz imprecisa en antropología, pero descriptiva de una situación histórico-sociológica más que de Biología. Estas razas fueron tres: el aborígen, el blanco y el africano.

El aborígen

Ante la invasión y colonización española, el indio fue conquistado, eliminado o marginado.

Los conquistados de manera efectiva y permanente fueron, casi sin excepción, los que habitaban las zonas geográficas donde los españoles plantaron su cultura en el Istmo, principalmente la de Las Sabanas. Éstos fueron asimilados culturalmente y decolorados mediante el mestizaje hasta hacerlos casi indistinguibles del grupo dominante, proceso este último que, en cierta medida, fue mutuo entre los conquistados y conquistadores.

Este primer “emblanquecimiento” de nuestra población favoreció los cromosomas blancos más de lo que las proporciones estadísticas de los dos grupos pudieran indicar, debido a la poligamia de hecho practicada por los conquistadores y negada a los conquistados. La familia legítima se mantenía relativamente blanca a través de varias generaciones, y de ese semillero europeo se efectuaban constantes incursiones sobre la masa indígena primero y mestiza después, en las que se plantaban los cromosomas “caucásicos”. El caudal biológico europeo del mestizo fue así constantemente aumentado hasta que, en un momento dado, se le ascendía a la clase dominante.

Este proceso, cuidadosamente reglamentado por las costum-

bres y hasta la ley, hizo posible la permanencia y afianzamiento de la raza y cultura española en Panamá y en la América Colonial, a pesar de su muy reducido personal.

El aborigen fugitivo se marginó en las zonas agrestes, que en nuestro Istmo son principalmente las de la Selva Tropical, y las muy quebradas de la cordillera central y oriental. Aquí su vida fue fundamentalmente vegetativa, en cuanto a lo que a la nacionalidad se refiere, con dos grandes excepciones: (a) la irrupción abrupta y efímera del cholo coclesano durante la Guerra de los Mil Días; (b) la más constante y estructurada de la raza Kuna.

El cholo marginado se doblegó durante siglos a lo inevitable con paciencia casi oriental, pero guardando en lo más recóndito de su alma el rencor acumulado secularmente. Soltada la válvula en el desorden revolucionario, después de la derrota liberal, irrumpió con explosión anárquica que pronto desgastó su propio ímpetu, volviendo saciado a su quietismo estéril.

El Kuna, en cambio, reaccionó con dinamia creativa. Grupos nutridos emigraron del Darién hacia la costa de San Blas, más propicia y sana, y fincaron allí los reales de su cultura milenaria que, en un nuevo “hábitat”, se re-estructuró y desarrolló. Su participación en nuestra historia ha sido variada aunque esporádica. Durante la colonia fue principalmente negativa. En la época independiente, especialmente en las últimas dos décadas, se afianza su integración a la vida de la nacionalidad, y comienza a sentirse aporte positivo.

El blanco

El blanco aventurero de la conquista sufrió, una vez consumada ésta y con el transcurso del tiempo, profundas modificaciones. Tres tipos aparecieron en el Istmo: el latifundista, el campesino-pequeño-propietario y el capitalino.

El más antiguo fue el primero. Los conquistadores y los inmigrantes iniciales ansiaban señorío. Natá, fue de los Caballe-

ros. Grandes áreas de terreno fueron organizadas en latifundios ganaderos por este grupo humano. Su prototipo lo constituyó la familia extendida, casi clánica, que surgió en Coclé, parte de Herrera y Veraguas, y que luego se extendió a Chiriquí. En la Zona de Tránsito surgieron también grandes latifundios, pero el prototipo humano de esta región fue de índole más urbana que rural, razón por la que el latifundista en esta zona constituyó más bien un tipo marginal en este sistema de organización.

El latifundismo clánico y aristocratizante tuvo en nuestra historia considerable importancia. Llegó a su apogeo en el siglo XVIII y en la primera mitad del siglo pasado decayó rápidamente a causa de las guerras familiares de esa época (Guardias vs. Goytías), y frente al impacto de fuerzas nuevas a las que, debilitado, no pudo hacer frente. Sin embargo, no por eso puede considerarse terminado. Importantes remanentes de esta organización permanecen vivos y, como se verá más adelante, modernizados.

El prototipo del blanco-campesino lo encontramos en la región de Sabanas de la Península de Azuero. La colonización de esta zona guarda interesantes semejanzas con la de Costa Rica y el Valle de Antioquía. Además de las características geográficas que se apuntaron en el Capítulo II, hay tres elementos que contribuyeron a plasmar el grupo humano Azuereño:

1. La población de esta provincia cultural parece haber originado de la marinería cantábrica de una flota española naufragada en el Golfo de Panamá, por el pirata Drake. La región noratlántica de España ha sido baluarte de la pequeña burguesía y parvifundio. Sus habitantes, por lo tanto, traían antecedentes culturales que favorecían el establecimiento de las instituciones del pequeño propietario rural.
2. La población indígena de Azuero parece haber sido dispersa y reducida, o por lo menos así lo era a principios del siglo XVII como efecto de la conquista del siglo

anterior, cuando se estableció en la región el nuevo núcleo demográfico. De aquí que los colonos no contaran con mano de obra servil, sino que tuvieran que trabajar personalmente su propia heredad.

3. La tendencia hacia la encomienda aristocratizante se había atenuado para fines del siglo XVI, de modo que la legislación de Indias no favoreció el feudalismo en esta etapa de la colonización española.

El tercer grupo blanco de importancia lo constituye en nuestra historia el elemento urbano de la Zona de Tránsito, principalmente de la Ciudad de Panamá; el capitalino.

Sus antepasados sociológicos están representados por el elemento burocrático y militar de la colonia mezclado con los latifundistas marginales y urbanizados de esta región. A este núcleo se añadieron posteriormente otros elementos que más adelante se comentarán.

Su “leitmotif” no fue propiamente el del clan aristocratizante, aunque hay un importante substrato de este elemento, sino más bien un conjunto de factores, algunos negativos, en el sentido de reacción a estímulos irritantes, y otros positivos en cuanto a captación de oportunidades.

Su consolidación como grupo se produce, sin embargo, no sólo como efecto de esa situación. El motivo psicológico que lo electrizó lo brindaron las guerras raciales con los cimarrones que pesaron casi exclusivamente sobre sus hombros. La experiencia fue traumática y dejó profundas huellas en su psiquis colectiva. Para captar la gravedad de la situación, conviene recordar que este grupo, muy reducido en número, dependía para su mano de obra de grandes masas de esclavos. Las proezas de Bayano deben de haber mantenido la pesadilla de un pre Haití, con todos los horrores de la guerra racial. Las murallas de la parte antigua de la ciudad vinieron a ser más una protección táctica de casta lo-

cal, que de estrategia contra los bucaneros, en un ambiente toynbeeano de un grupo dirigente asediado por un belicoso proletariado externo y dependiente de un proletariado interno afín por raza y aspiraciones al de afuera.

El africano

El africano, estrechamente ligado a la organización socio-económica del blanco, desde su llegada a nuestro continente se divide también en tres grupos humanos: el peón, el esclavo fugitivo o cimarrón, y el esclavo urbano o doméstico. El peón complementa al grupo blanco latifundista y el doméstico al blanco capitalino.

El cimarrón es indudablemente el grupo africano más sobresaliente durante la época colonial, pero cede su prominencia en el siglo XIX al africano doméstico, después de la liberación de los esclavos.

El esclavo rural o africano-peón, como se le llamó antes, contribuyó anónimamente al afianzamiento de nuestra nacionalidad prestando brazos a su base agrícola. Su mezcla racial con blancos y mestizos acabó, después de muchas generaciones, en su disolución en la masa general de la población con anterioridad a la de los otros grupos, salvo a la del indígena de latifundio que le precedió en esto.

El cimarrón o esclavo fugitivo constituyó, por razones muy explicables, la primera gran amenaza a la incipiente nacionalidad. Su alianza con bucaneros y la alianza paralela del indígena selvático con éstos, amenazó con dar al traste con la colonización española en el Istmo y convertir a la hoy República en un Belice o una Mosquitia. Su gesta heroica ilustra como pocas la lucha por la libertad, pero, terminada la contienda, vegeta, se desintegra como grupo, y pasa al limbo del anonimato al margen de la historia posterior. Sus contribuciones fueron principalmente dos:

- a. Contribuyó a integrar por reacción, como ya se explicó, al grupo blanco capitalino; y
- b. Le dio importancia, por reflejo indirecto, al grupo negro de menor importancia cultural entonces, el del africano doméstico, grupo que se convertiría pronto en uno de los puntales de la nacionalidad, consumada la emancipación de España.

El africano-doméstico-urbano debe de haber parecido durante la colonia como el grupo negro menos prometedor. No tenía la aureola heroica del cimarrón, ni la hombría muscular del peón rural. Estaba integrado principalmente por mujeres. Sin embargo, varios factores militaron decisivamente a su favor.

1. Su propinquidad al elemento más culto y eficaz de la clase dirigente, el blanco capitalino, le sirvió de escuela y le imprimió hábitos de auto-disciplina imprescindibles a la vida de ciudad.
2. La poligamia de hecho practicada por los amos produjo su “emblanquecimiento” relativo, factor de gran importancia en las jerarquías del prestigio social durante la colonia y después.

Terminada la esclavitud, los mulatos ex-esclavos sentaron sus reales en el arrabal santanero, y comenzaron a participar en la vida económica y cultural del área más activa del Istmo: la Zona de Tránsito, y, por ende, del país entero. Su contribución a la industria pesquera y a los transportes, por ejemplo, todavía perdura. Fueron dependientes en tiendas y empleados públicos menores. Sus grandes figuras históricas no tardaron en aparecer, y sus aportaciones fueron en aumento durante el siglo pasado y parte del presente hasta llegar a la alta política, el derecho, y lo militar y la literatura, donde también perduran.

III

Los traumas y el equilibrio de zonas

En el capítulo II se definió lo que aquí se entiende por traumas. Conviene, sin embargo, adicionar dicha explicación para aclarar que lo esencial del trauma, en nuestra nomenclatura, es que provenga del exterior y que afecte adversamente el equilibrio de los elementos constitutivos de la nacionalidad. Un suceso de origen interno, por más trascendente que fuera, no resultaría trauma por el hecho mismo de su origen.

Así también conviene anotar que las irrupciones foráneas no necesitan ser hostiles para que se las clasifique como traumas. Puede tratarse de situaciones apetecidas por la misma nacionalidad, pero, si sus efectos son las del desequilibrio de factores, resulta trauma de todas maneras.

Un ejemplo de esta última explicación sería el de las ferias de Portobelo. Su establecimiento es un trauma al igual que su terminación, porque tanto el uno como el otro producen desquiciamientos importantes. El primero, aparentemente conveniente; el segundo, inmediatamente incómodo.

Los traumas sufridos por el cuerpo social panameño en la época histórica discutida aquí son:

1. Las ferias de Portobelo y el tránsito colonial ístmico.
2. Las incursiones bucaneras.
3. Reemplazo de la ruta de Panamá por la del Cabo de Hornos.
4. Restauración de las Ferias de Portobelo.
5. Nueva supresión de las Ferias.
6. Liberación de los esclavos.
7. “La California” y el Ferrocarril transístmico.
8. El Centralismo colombiano y su amenaza a la autonomía local.
9. El Canal Francés.
10. La Guerra de los Mil Días.

11. El rechazo del Tratado Herrán-Hay.

12. El Canal Norteamericano.

Como se podrá notar por esta lista, el trauma no es sinónimo del suceso histórico trascendente. Todos los traumas son sucesos trascendentes en nuestra historia, pero no todos los sucesos importantes son traumas. Así vemos, por ejemplo, que las independencias de 1821 ó 1903 no constituyen traumas, aunque el canal norteamericano sí lo es.

Antes de proceder a discutir cada intrusión por separado, cosa que se hará brevemente, y sus efectos sobre el equilibrio geográfico, conviene apuntar que de los doce traumas once ocurrieron por razón de la situación estratégica de la base geográfica de la nacionalidad. Por esta razón, las zonas geográficas que se ven envueltas son aquellas delimitadas por el criterio de geografía-situación y no por el de geografía-clima o geografía-morfología.

El trauma restante, la liberación de los esclavos, afecta la zona de Sabana Tropical con excepción de Azuero y, principalmente, la subdivisión morfológica que se ha denominado la Pampa. La discusión en este capítulo se limitará, sin embargo, a examinar los efectos de las intrusiones sobre las zonas geográficas de situación, la de Tránsito y la del Interior, porque la liberación de los esclavos tiene también un efecto sobre el equilibrio de estas dos regiones.

PRIMERA ÉPOCA DE FERIAS EN PORTOBELO Y EL TRÁFICO TRANSÍSTMICO COLONIAL

La organización política inicial del imperio español calcó casi exactamente a la eclesiástica que se estructuró con anterioridad, y ésta, por razón de la actividad misional, se basó con extraordinaria frecuencia en las delimitaciones lingüísticas precolombinas. De estos antecedentes, y de las consideraciones estratégicas y de técnica más avanzada de los conquistadores,

surgieron virreynatos, capitanías y audiencias, todas las cuales dieron origen a entidades independientes o autónomas al consumarse la emancipación o poco después.

Las divisiones administrativas apuntadas tuvieron para España una importancia estratégica, minera y agrícola, o una combinación de sólo dos de estos elementos. Panamá fue la única en todo el Imperio Español que tuvo exclusivamente una importancia estratégico-comercial.

El motivo de este estado de cosas, motivo recurrente en nuestra historia, es que, si bien Panamá no carece de base agrícola o minera, su función transitista es la que más interesa al mundo exterior. Nuestra riqueza agrícola, minera o forestal puede ser reemplazada convenientemente por las de otras regiones, pero nuestra riqueza situacional no.

Si aparte de la riqueza situacional Panamá tuviera fuerza económico-militar sobresaliente en el campo extranjero, la situación geográfica hubiera sido arma poderosísima en manos de la voluntad nacional a manera de Génova o Venecia. Pero la desproporción es tan marcada, que la ecuación se produce a la inversa. El situacionismo influye sobre la voluntad nacional y ésta puede sólo acomodarse o forcejear con éxito limitado.

El trauma que se discute, venido casi junto con la conquista misma, plasmó la desproporción. La colonización del Interior se efectuó al principio por el impulso general amorfo de la expansión española. Luego, reconocida la geopolítica imperial, como función adjetiva a la defensa y crecimiento de la Zona de Tránsito.

Las incursiones bucaneras

Las incursiones bucaneras fueron el reconocimiento extranjero de nuestra riqueza situacional. Su efecto primero, esto es, mientras se mantuvo la ruta transísmica, fue el de acentuar aún más la desproporción que se ha apuntado.

La defensa del istmo exigió su militarización. Grandes y costosas fortificaciones surgieron y se dio comienzo a la infortunada tradición de la economía del cuartel. Soldadesca con salarios que se gastan en cantinas y prostitutas; comerciantes nativos y extranjeros que procuran satisfacer el mercado; aventureros, vaporinos y cosmopolitismo indiscriminante. La Zona de Tránsito continúa acentuando su importancia por encima del Interior.

Estos dos traumas, tomados en conjunto, tienen un efecto superimpositivo, es decir, el segundo acentúa la situación elaborada por el primero. Este efecto no es tan notable como el que tendrán posteriormente otros traumas, debido a que tanto las ferias como las incursiones bucaneras son irruptivas o cíclicas y no permanentes. Ocurren y desaparecen para volver a ocurrir. Sin embargo, su predictibilidad permite la estructuración de la Zona de Tránsito.

Reemplazo de la ruta de Panamá por la de Cabo de Hornos

El debilitamiento de España causado por las guerras religioso-políticas de los siglos XVI y XVII produjo en sus dirigentes una mentalidad defensiva. Islotes caribes fueron cayendo en manos de los enemigos, lo que permitía a éstos operar desde bases más cercanas sobre las vías de comunicación vitales del Imperio. Su éxito forzó una retirada que consistió en reemplazar la vía transístmica por la del Cabo de Hornos. Esta decisión asestó un golpe mortal a la economía transitista. Muerto el comercio, la Zona de tránsito, pobre en recursos económicos agrícolas y mineros, cedió su posición de asiento económico y demográfico del Panamá colonial, al Interior de la República. La sección de más difícil dominio por razones de geografía-clima de la Zona de Tránsito, el litoral Atlántico, fue abandonado a su propia suerte, encogiéndose así el mundo geográfico de la nacionalidad panameña.

La supremacía económico-demográfica del Interior no fue reconocida políticamente. La Ciudad de Panamá siguió como capital y en ésta se fundó la Universidad Jesuita. La vida burocrática

permitió que sobreviviera el germen del transitismo, pero el auge del Interior produjo la primera y única época de nuestra historia de predominio agrario. La nacionalidad pudo así salvarse y recuperar fuerzas para una nueva embestida en los albores del siglo XIX.

El reemplazo de la ruta de Panamá por la del Cabo de Hornos y la muerte de las Ferias de Portobelo constituye el primero y más fuerte de los traumas que hemos llamado de oscilación. Su gravedad es difícil de medir. La población del Istmo entero probablemente no pasaba entonces de sesenta a ochenta mil habitantes. Por lo menos la tercera parte dependía para su sustento de la economía transitista y la comunidad entera debe de haber dependido fiscalmente de ella en una proporción mayor. La oscilación abrupta debe de haber tenido, en consecuencia, repercusiones angustiosas de intensidad catastrófica que causaron una profunda impresión psicológica sobre los grupos dirigentes de esta Zona.

Restablecimiento de las Ferias de Portobelo

El restablecimiento de las Ferias de Portobelo a principios del siglo XIX permitió el retorno, después de un siglo de quietismo, de la Zona de Tránsito, a la arena del liderazgo nacional. Este trauma que también es de oscilación no tuvo la brusquedad del desplome, como el anterior, sino el efecto más gradual de una re-estructuración. Sin embargo, inició la corriente de la inmigración del Interior a las ciudades terminales, corrientes que habría de convertirse con la superimposición de traumas posteriores en un torrente de erosión de la vida rural y de su base demográfica.

Nueva supresión de las Ferias de Portobelo

La nueva supresión de las Ferias de Portobelo, ocurrida poco antes de la independencia, planteó a la Zona de Tránsito la

repetición del catastrófico trauma de oscilación; no es raro que los dirigentes del transitismo actuaran desesperadamente para evitarlo aprovechando la coyuntura que planteaba el movimiento emancipador que prometía más que la independencia nacional, la posibilidad de vida económica de la Zona en las únicas faenas para las que estaba dotada: la explotación del transitismo.

La liberación de los esclavos

La liberación de los esclavos afectó principalmente la región agrícola que dependía de ellos para su mano de obra. Fue un trauma en el sentido de afectar el equilibrio de las Zonas situacionales y también de las Zonas morfológicas.

El disloque de la economía latifundista que fue base de vida de la Pampa fortaleció, relativamente, a la Zona de Tránsito y promovió un aumento de la migración hacia la capital. Ha sido fenómeno general de la emancipación de los esclavos en nuestro continente que éstos, rotas las cadenas, abandonen en gran número sus antiguas faenas y locales, trasladándose a los centros urbanos. Este suceso promovió también una migración del elemento latifundista director en la misma dirección, por las dificultades nuevas que ofrecía el agro sin mano de obra barata y por las oportunidades que brindaba la Zona de Tránsito de su propio transitismo nuevamente en auge.

Del derrumbe del latifundismo de la Pampa se desprende también el aumento en importancia de la Zona de Azuero que no fue igualmente afectada por el trauma, por no depender de mano de obra africana. Estos factores prepararon el escenario de las guerras familiares posteriores (Guardias vs. Goitías) que acabaron con los remanentes del latifundismo clánico producto, principalmente, del siglo XVIII.

La liberación de los esclavos fue un trauma de oscilación, aunque apenas perceptible en este sentido. La razón de esto se debe a que la oscilación producida por el trauma anterior, la

nueva supresión de las ferias, no produjo la oscilación completa, pues fue corregido a tiempo por la independencia de España.

En esto comienza a manifestarse la voluntad nacional, representada por la Zona con mayor consciencia directriz. Con el objeto de evitar a tiempo un trauma de oscilación, que amenaza, la Zona de Tránsito trata de corregirlo buscando salidas nuevas o nuevas combinaciones con el mundo exterior, del que en realidad forma parte, que le permitan seguir aquilatando su situación.

“La California” y el Ferrocarril Transístmico

Después de la nueva supresión de las ferias, este trauma es el primero de una nueva serie de congéneres clásicos. La Zona de tránsito desarrolla de nuevo las características típicas del comercio transitista y acelera su estructuración mediante la atracción de inmigrantes del Interior y del extranjero. Este trauma representa el primer contacto no hostil de la zona con el mundo protestante anglosajón. Constituye un trauma de superimposición, pues acentúa los efectos del anterior y es el primero en no tener la característica del ciclo, pues se mantiene más o menos constante de 1848 a la guerra civil de EE.UU.

El centralismo colombiano

El centralismo colombiano, más que un suceso específico, es una cadena de amenazas, que a la larga triunfa por cortos períodos, para salir derrotada al fin con la independencia de 1903. Aunque aparentemente no tiene por qué afectar la actividad comercial transitista, sí afecta el grado de usufructo de la misma por parte de la Zona, y esto es de capital importancia para comprender la situación.

La autonomía local es parte vital del transitismo en la época colombiana por tres razones principales: 1) Facilita cierta flexibilidad

en el plano gubernamental a favor del comercio transitista al permitirle influenciar los servicios gubernamentales y ajustarlos a sus necesidades de la plaza, 2) permite a la Zona volver a recibir parte de las utilidades perdidas en impuestos mediante el usufructo de un mayor número de posiciones burocráticas a favor de habitantes de la localidad, y 3) permite, por lo menos en teoría, aislar a Panamá de las guerras internas colombianas y mantener la paz indispensable para un comercio floreciente.

Por estas razones, la autonomía local convenía a la Zona de Tránsito. Durante este período vuelve a hacer su aparición, ya con más fuerza, la voluntad nacional o por lo menos de la Zona de Tránsito, al hacer esfuerzos sobre-humanos por adelantarse a evitar la catástrofe del trauma de oscilación. El Convenio de Colón es el monumento por excelencia de esta actitud. En él se trató de salvaguardar la autonomía local y mantener la paz en el istmo. Aunque infructuoso en un principio, triunfa con Justo Arosemena y Murillo Toro en la Constitución de Río Negro.

El trauma oscilatorio del Centralismo Colombiano pudo, pues, ser evitado en gran parte.

El Canal Francés

Como “La California”, el Canal Francés fue un trauma típico en cuanto a su origen y la calidad de sus efectos. Fue como éste también por el hecho de carecer de ciclo o de periodicidad. Los períodos de construcción fueron largos y estables, y la interrupción habida entre ellos no produjo una oscilación completa, pues no se consideraron definitivos y no duraron el tiempo suficiente para producir la catástrofe.

Este trauma es uno de superimposición, pues acentúa los efectos del anterior.

La Guerra de los Mil Días es el segundo trauma negativo de nuestra historia. Ésta es una categoría que no se ha destacado a fin de simplificar el análisis. Consiste, al igual que la liberación de los

esclavos, en producir el realce de una zona dada, no mediante la ampliación de sus horizontes económicos, sino a través de la destrucción de una Zona rival, lo que produce un acentuamiento de la favorecida en relación con la víctima. La Guerra de los Mil Días tiene esa importancia en lo que al equilibrio de zonas se refiere: acentuó la supremacía de la Zona de Tránsito mediante la destrucción de gran parte de la economía agraria del Interior. Resulta así ser un trauma de superimposición.

Rechazo del Tratado Herrán-Hay

Este trauma, que amenazaba con una oscilación comparable a la supresión de las Ferias de Portobelo, aterrorizó a los dirigentes del transitismo que, ya diestro en conjurar amenazas mediante combinaciones internacionales, reaccionó produciendo la independencia de 1903.

La voluntad de la nacionalidad expresada desde comienzos del siglo XIX por la Zona de Tránsito, y que se había ido fortaleciendo con el ejercicio (Emancipación de España, Convenio de Colón), brotó aquí con más fuerza y decisión que nunca, y logró evitar rápidamente el impacto del nuevo trauma oscilatorio. Éste resultó así abortivo, lo que permitió la concatenación superimpositiva de los dos traumas anteriores con el siguiente: el Canal Norteamericano.

El Canal Norteamericano

El Canal norteamericano representa la culminación del transitismo. Es el trauma de mayor duración y, a pesar de variantes cíclicas dentro del oleaje general, cristalizó, tal vez para siempre, el predominio del transitismo en la nacionalidad. Durante su hegemonía se han acentuado todos los efectos de los traumas transitistas, sólo que en proporción mucho mayor. Su efecto a la larga ha sido el de encasillar la voluntad nacional creando, como

es bien sabido, una dependencia casi absoluta en factores foráneos sobre los que no tiene control. Las promesas del transitismo de progreso y prosperidad han resultado, sin embargo, plenamente justificadas. Aunque apresada, la voluntad nacional vive en jaula de oro, comparada con otras voluntades nacionales de Hispanoamérica, más recias, pero menos adineradas.

Resumen

La sucesión de traumas de nuestra historia revela cuatro fenómenos de vital importancia para la comprensión del pasado de nuestra nacionalidad.

1. Los traumas que favorecen el crecimiento de la Zona de Tránsito se hacen cada vez más frecuentes y más poderosos y duraderos.
2. La Zona de Tránsito se hace cada vez más ducha en sortear y evadir el impacto de los traumas oscilatorios que favorecen al Interior, aumentando así, por superimposición o acumulación, el efecto de los traumas transitistas.
3. La única Zona que parece desarrollar voluntad de acción como Zona es la de Tránsito.
4. Las manifestaciones de la voluntad de la Zona de Tránsito que en un principio fueron brotes existenciales de independencia antideterminista se convierten, con su triunfo definitivo y contundente, en manifestaciones antiexistenciales en el sentido de que paralelan el determinismo y ya no se rebelan contra él.

IV

Los grupos humanos y los traumas de la colonia del siglo XIX

Como se vio en el capítulo anterior, los traumas sufridos por la nacionalidad tuvieron una profunda repercusión en la interrelación

de las Zonas produciendo, por reacción, una complicada dinámica de reajuste después de cada impacto, y luego una anticipatoria al impacto mismo. Ésta fue la respuesta de la nacionalidad, en su base geográfica. En su base humana, el mecanismo fue parecido, aunque más delicado y trascendente, ya que en la mayor parte de nuestra historia se necesitó escaso estímulo para soltar las fuerzas centrífugas de intereses contrapuestos frenados imperfectamente por un asomo de sentido nacional y poder central.

Las incursiones bucaneras asolaron al País durante los siglos XVI y XVII con aterradora frecuencia (alrededor de una cada quince años); unas arrasaron con vidas y haciendas; las menos hicieron que la población viviera en constante zozobra. Al impacto de este peligro, el cuerpo social panameño se resquebrajó y dos importantes sectores, el indígena selvático y el cimarrón, se aliaron con el invasor y estuvieron a punto de hacer naufragar el embrión de nacionalidad.

El grupo humano que defendió los intereses patrios fue en esa jornada el blanco de la Zona de Tránsito. El africano-doméstico, con su lealtad al grupo dirigente, inclinó la balanza a favor de la nacionalidad. Su desertión hubiera hecho posible el Belice panameño, o por lo menos, un remedo de Mosquitia al servicio del Protestantismo Marítimo Imperial.

Reemplazo de la ruta de Panamá por la del Cabo de Hornos

El siguiente trauma de la época colonial y posiblemente el mayor de todos fue la eliminación de la ruta de Panamá a favor de la del Cabo de Hornos. Sus efectos catastróficos, que ya se comentaron, pueden escasamente ser apreciados. La Vida económica del país hubo de modificarse de raíz y el centro de gravedad demográfica y cultural cambió de asiento violentamente. El grupo humano resquebrajado resultó ser el antaño victorioso blanco capitalino, bajo cuya responsabilidad y vigilancia descansaba la Zona de Tránsito. Su reacción fue la de emigrar a regiones más

prósperas del Imperio Español o a hibernar en anémicos latifundios cercanos a la ciudad capital. El efecto geo-político de estos sucesos fue el abandono del terminal Atlántico de la zona a su propia suerte, pérdida que no se corrigió de manera efectiva sino hasta el advenimiento del Ferrocarril Trans-Ístmico, obra que no fue de vendimia propia.

En esta encrucijada, la antorcha de la nacionalidad pasó a manos de los grupos de nuestra “creciente fecunda”, el área de la gran sabana habitada: Panamá, Pedasí, Veraguas, Panamá. El mestizo y el mulato rurales, el campesino de Azuero y el blanco latifundista supieron hacer florecer la economía y la estabilidad. Sus ciudades llegaron a superar a la capital en población; brotó el folklore propiamente panameño y la erudición y refinamiento hicieron un atrevido asomo. De esta época data probablemente el origen de ese importante personaje de nuestra historia, el letrado interiorano, en cuya producción se ha distinguido Penonomé.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la dinámica de ajuste y desajuste de los pueblos del Istmo sigue su desenfrenada carrera. Ocurren varios tipos de fenómenos: marginación temporal de algunos, fusión de otros, desintegración y fusión parcial de residuos, desintegración general espasmódica, vigorización de grupos germinales o marginados.

Cuatro son los traumas que ponen en marcha esta nueva época: 1) Las Ferias de Portobelo, su restauración y abrupta terminación; 2) la Liberación de los Esclavos; 3) la “California” y 4) el Centralismo colombiano.

Restauración de las Ferias de Portobelo y su abrupta terminación

Las Ferias de Portobelo permiten el rápido retorno al escenario directivo de la vida nacional del blanco capitalino, durmiente por casi un siglo. La Zona de Tránsito vuelve a trocarse en el centro de

gravedad del país, y sus guardianes, en el grupo dirigente por antonomasia. En defensa de sus intereses de grupo y de zona geográfica, son los blancos capitalinos los autores de la Independencia de España consumada por medios ingeniosos y motivaciones económicas que revelan la gran capacidad política de este elemento y la percepción correcta de sus intereses. Mientras hubo ferias, los blancos capitalinos fueron monárquicos; desaparecidas éstas, provocaron la deserción y paralización de la milicia española y obtuvieron en negociaciones de gabinete lo que Bolívar no lograra con sus expediciones al istmo. Sus contribuciones al triunfo de la causa independentista fueron enormes, no tanto en el campo de las armas como en el del financiamiento de expediciones militares y el control de las vías de comunicaciones, tareas a las que se aplicaron con fervor de venecianos.

Esta habilidad político-económica parece ser rasgo fundamental del blanco capitalino, expuesto como está a un cosmopolitismo constante dentro del cual usa su ingenio para esquivar impactos y barajar fuerzas de aplastante poder. Ésta es su aportación más trascendental a los momentos decisivos de la vida de la nacionalidad. Las guerras cimarronas fueron conjuradas no por poéticas batallas castellanicas sino por negociaciones y transacciones, las que, al romper la triple alianza Bucanero-Kuna-Cimarrona, salvaron a la Zona de Tránsito y por ende a la simiente de panameñidad. La emancipación de España se consuma de igual manera y por el mismo grupo. La inclusión de Panamá en la Gran Colombia la lleva a cabo el blanco capitalino por razones inteligentes y condiciones que más se asemejan a las de un contrato analítico que a un brote de lirismo y emotividad.

La Independencia de 1903 vuelve a ser obra de este grupo humano, y vuelven a aparecer las consabidas características venecianas de realismo y estrategia.

En el siglo XIX se margina el indígena Kuna al reestructurarse el juego internacional de potencias del que fuera peón, y se retira casi por un siglo.

Liberación de los esclavos

En esta época ocurren en el Interior profundas modificaciones en la estructura demográfica. La revitalización de la Zona de Tránsito, la terminación de la esclavitud y las guerras familiares, acaban con la hegemonía de la gran clase latifundista. Sus miembros comienzan a emigrar principalmente a la ciudad capital donde se confunden con el blanco capitalino reforzando sus números e identificándose con él. El efecto de esta amalgama es interesante. El latifundista desplazado, con mayor consistencia de clase que el capitalino, contribuye a reforzar el sentido aristocrático de este grupo. Además, añade un importante elemento psicológico a su pensamiento económico: el de que la tierra constituye la riqueza fundamental. En un ambiente urbano, este concepto no se traduce en hacendados sino en “caseros”. El impulso de inversión y riesgo comercial del blanco capitalino se debilita, y la estructura mental surge como mezcla de los dos factores que se pueden resumir en la siguiente fórmula: invertir en casas de alquiler, para convertirse en rentista, y el excedente, en tierras circunvecinas para fines de especulación. Si a esto se añade un desprecio por el “tendero” que proveniente de España comienza a injertarse al blanco capitalino a través de los ex-señores feudales, tenemos el pensamiento económico completo de un importante sector del grupo. La cristalización parcial de esta mentalidad que se logra a principios del siglo XX le restó impulso comercial al blanco capitalino y le hizo perder la hegemonía económica de la Zona de Tránsito a favor de inmigrantes hebreos, europeos y levantinos, con grave merma de su poder político.

La emigración de las grandes familias latifundistas, que se efectúa paulatinamente dejando atrás vástagos marginales, va aparejada con la fusión cultural del antiguo mulato de latifundio con el antiguo mestizo interiorano, ambos de la Zona de Pampa y de Veraguas. Las diferencias de grupos se atenúan y surge una

jerarquización piramidal de vértice obtuso y romo, con la consiguiente promesa, luego realidad, de una clase media provincial.

El campesino blanco-pequeño-propietario de Azuero hace su primer ingreso a la arena de la vida nacional roto el baluarte geográfico del latifundismo que lo arrincona a su península esquinada. Este grupo humano se abrió paso hacia el centro ecuménico aliándose con los Goytías en contra de Guardias y Fábregas en la ya mencionada contienda familiar. Destruídos los Guardias y circunscritos los Fábregas y satélites a Veraguas, el campesino azuereño se abre paso hacia la capital, donde, más tarde, contará con poderosos aliados.

Durante el siglo XIX, sigue el derrumbe del negro cimarrón. A veces se margina inerme y anónimo, a veces irrumpe espasmódicamente y con Prestán incendia y asalta. Pero sus días de vida como grupo están contados. Su función histórica se limitará en adelante a reforzar, mediante la emigración, los números del nuevo elemento africano ascendente, el negro-urbano-ex-esclavo doméstico, el mulato arrabalero, que instruye con fuerza creciente al torbellino de la vida nacional.

Con la Independencia de España se acelera la dinámica de los grupos demográficos en virtud de la intensificación exuberante de la vida política. Aunque algunas zonas se marginan temporalmente, el fenómeno polar de este período es el esfuerzo por estructurar todos los grupos existentes en una omnípoda integración. El auge de las comunicaciones ayuda a este proceso, como también, la simplificación de los elementos componentes, mediante los procesos de desaparición, fusión y marginación que se han discutido.

Panorama de los grupos humanos al iniciarse la Era Colombiana

Durante la década de 1830 los grupos humanos de Panamá revelan la siguiente situación:

El Kuna está definitivamente marginado, y no cobra importancia sino en la tercera década del presente siglo, cuando trata de repetir su actuación histórica tradicional y del brazo del protestantismo anglosajón trata de establecer la República de Tule. Con posterioridad, y mediante negociaciones, se le otorga un status legal que le permite vivir con garantías. Luego ingresa a la arena de la política nacional donde cobra importancia electoral por su unidad de voto.

El cimarrón, como se dijo con anterioridad, produce explosiones de violencia aisladas, pero no actúa con conciencia de grupo y desaparece.

El blanco latifundista también se esfuma. Rota su base económica, emigra a la capital y al extranjero. Pequeños sectores permanecen en su antiguo local, pero éstos ya no actúan como grupo. El hecho económico de que éstos siguen teniendo tierras no influye en su pensamiento político, que se confunde con el de otros grupos de manera indiscriminada. La institución propiamente tal se refugia en Chiriquí, donde florece con extraordinario vigor, pero sus dirigentes tampoco actúan unificadamente. El latifundista chiricano del siglo pasado se alía con tirios y troyanos, según sus preferencias personales. En el presente siglo, sin embargo, se nota un renacer del espíritu de grupo, pero esta época no toca ser examinada por el presente artículo.

El blanco capitalino crece en números y en importancia. Su estructuración es la más completa y duradera de cuantas exhibe nuestra historia. Su capacidad de comprensión de sus intereses y de actuación se afina, como quedó demostrado en el capítulo anterior, pues la Zona de Tránsito habla por su voz y funciona por su impulso. Su cosmopolitismo cobra bríos al contacto de la cultura norte-americana y francesa.

El arrabalero también crece y se plasma, a la par de su rival, pero con menos posibilidad o capacidad de acción concatenada. El esquivamiento de los traumas de oscilación que logra el blanco capitalino lo benefician, así como la superimposición de traumas

favorecedores de su Zona. Parte de las ganancias del transitismo llega al arrabal, que al gozar de estabilidad económica se aburguesa y refina y comienza a producir una élite intelectual profesional. Simultáneamente, la inmigración continúa su descoloración racial. El arrabal, aunque oficialmente mulato, cuenta con una amplia gama de pigmentación. Uno de sus caudillos máximos, Buenaventura Correoso, es racialmente blanco aunque sociológicamente moreno. La influencia cultural francesa es, de las extranjeras, la única que echa raíces. El arrabal se convierte en copartícipe espiritual de *La Marsellesa* y encuentra en la gesta revolucionaria de Francia la interpretación de sus aspiraciones. La influencia norte-americana lo dejan en cambio, impávido. El racismo tan peculiar de las culturas protestantes lo hace rechazarlas con vigor. En esto es inflexible, desde la tajada de sandía hasta el “affaire” de las bases en 1947.

El azuereño adquiere en este período enorme fuerza, que culmina con la Guerra de los Mil Días y con la victoria electoral de 1912, que resulta el fruto tardío de la batalla de la Negra Vieja. Después de un corto período de brillantez durante las administraciones de Belisario Porras, se desintegra como grupo, confundándose con los que sobreviven.

De las remanencias del antiguo blanco latifundista surge en las ciudades provinciales, principalmente de Coclé, la clase media provincial. Su base económica es principalmente agraria, pero posee una preocupación intelectual y un gran interés por los cargos públicos, en especial los relacionados con la judicatura. El agrarismo se va atenuando al desarrollar también pequeños intereses comerciales y hasta industriales. Desemboca en las actividades de transporte marítimo primero y terrestre después, y logra así estructurar una base económica y una vida intelectual típicamente pequeño burguesa. Es tal vez el único brote sólido que ha producido Panamá de pequeña burguesía. Con posterioridad pierde a manos de los asiáticos gran parte de su comercio al detal, pero su orientación psicológica de clase media se mantiene con extraordinaria consistencia. Este grupo

no actúa, sin embargo, con decisividad propia, sino como aliado menor de los más poderosos.

En resumen tenemos que, a partir de la década de 1830, los grupos humanos que por su participación activa constituyen la nacionalidad desde esa fecha hasta 1903 son fundamentalmente cuatro: el Blanco capitalino, el Santanero, el Azuereño y la Clase Media Provincial.

Aunque parte de sus vicisitudes se han adelantado en la descripción panorámica de esta sección, se completará el análisis siguiendo el método de tomar cada trauma por separado.

La California y el Ferrocarril Trans-Ístmico

La centralización del poder en la Zona de Tránsito, ocurrida a raíz de la independencia de España, fue acrecentada por la California y la construcción del Ferrocarril Trans-Ístmico. El Blanco Capitalino afianzó su dominio sobre el país como resultado de estos sucesos, pero, el trauma afectó también profundamente al Santanero y lo impulsó en la carrera política que había comenzado ya con los conatos levantiscos del general Espinar, su primer caudillo.

El trauma fue uno de los de clásico tipo transitista, pero como ya se dijo en el capítulo anterior, el primero en carecer del carácter ondulante o cíclico de las ferias y las periódicas flotas españolas. Su duración sobrepasó a la década. Los dos rasgos permitieron la plasmación de efectos más permanentes.

Su trascendencia para las demás zonas del país fue la de acentuar el dominio de la de Tránsito y continuar la absorción de elementos del Interior. Los grupos humanos aquí fueron empobrecidos paulatinamente mediante la erosión demográfica acostumbrada, pero el desarrollo del mercado transitista dio suficiente impulso a la producción agrícola interiorana como para evitar la destrucción de la economía rural. La deficiencia de las vías de comunicación restringió los efectos saludables a

regiones principalmente costeras y accesibles. La erosión humana, en cambio, afectó a las más distantes. De estas últimas es ejemplo el Centro de Veraguas que vio partir a muchos de sus habitantes más prometedores hacia la Capital. De las primeras, fue ejemplo Los Santos, que al poder disfrutar del mercado capitalino con sus puertos de Mensabé y Tonosí, gozó del auge y frenó la emigración.

Los grupos humanos de la Zona de Tránsito se vieron afectados de la siguiente manera:

- a. El Blanco capitalino: Absorbe inmigrantes interioranos del antiguo grupo latifundista. También anglo-sajones, europeos y colombianos de los sectores dirigentes de ese país. La prosperidad valoriza sus bienes raíces y permite un comercio floreciente. Se funda *La Estrella de Panamá*, y comienza su cosmopolitización poli-cultural al entrar en contacto pacífico con el mundo anglosajón por primera vez en su historia.
- b. Para el Santanero, el trauma representa el primer auge comercial después de la liberación de los esclavos. Es decir, fue el primero que le permitió adquirir propiedades y en general manejárselas independientemente. Este grupo se ve acrecentado también demográficamente. Los nuevos reclutas provienen de los ex-cimarrones y ex-peones de campo así como también de colombianos de los sectores populares. Sus contactos con la cultura anglosajona son de repulsa y ocurre el incidente de la “Tajada de Sandía”, El arrabalero fortalece su conciencia de grupo y continúa su descoloramiento racial. La pugna abierta con el blanco capitalino que brotara a raíz de la desmembración de la Gran Colombia se va acentuando y se muestra con gran fuerza en el trauma siguiente.

La lucha de grupos en la Zona de Tránsito, originada en las guerras cimarronas, continúa teniendo un fuerte colorido racista. El símbolo de poder que el Santanero le disputa al blanco ca-

pitalino es el de los puestos públicos, ya que al arrabal le es difícil precisar cuál de los bienes de su rival es el que desea arrebatarle. Este problema que resulta recurrente en nuestra historia se presenta por el hecho de que las fuentes económicas del poder blanco capitalino las constituyen lotes urbanos y establecimientos comerciales al detal, propios o de inmigrantes aliados. Estas riquezas resultan incapaces para enardecer los ímpetus revolucionarios de manera comparable al enardecimiento que provocan los latifundios y las industrias de otros países.

El centralismo colombiano

Por las razones que ya se apuntaron, el centralismo colombiano constituyó una amenaza al usufructo del transitismo. El blanco capitalino trató de evitar su manifestación y el Convenio de Colón constituyó el monumento a sus desvelos.

La lucha entre los dos grupos de la zona oscureció la identidad de intereses que, en la explotación del tránsito, tenían ambos. Triunfante Murillo, suscriptor del pacto, receló del localismo panameño, y encontró aliados en el arrabal para derrotar a Santiago de la Guardia y darle muerte en la primera y única batalla campal por nuestra autonomía. Sin embargo, el transitismo del blanco capitalino triunfó con Justo Arosemena en la constitución de Ríonegro y de una manera definitiva en 1903.

El Canal Francés

Los efectos del Canal francés fueron análogos a los de La California y el Ferrocarril Transístmico: inmigración hacia la Zona de Tránsito, valorización de los bienes raíces, etc., pero se distinguió de éste en su mayor duración y fuerza. Además, en que tanto el blanco capitalino como el santanero fueron igualmente receptivos a la nueva influencia cultural.

Con toda probabilidad, fue éste, de todos los traumas transitorios pasados, el que más benefició al arrabal, pues no sólo permitió una mayor percolación de los beneficios económicos mediante su demanda de mano de obra, sino que lo puso en contacto con la cultura francesa que era liberal aún en su versión bonapartista.

En esta época se incuban los primeros caudillos santaneros civiles que habrían de ingresar más tarde a la política nacional. La actividad literaria popular y periodística adquiere vigor y consistencia, y el grupo se estructura en preparación a la Guerra de los Mil Días cuando junto con Azuero dominaron el país y sólo la intervención de ejércitos colombianos pudo evitar un triunfo definitivo.

La Guerra de los Mil Días

La Guerra de los Mil Días es tal vez el suceso histórico más importante del siglo pasado en cuanto al equilibrio de grupos se refiere. Su discusión debe posponerse para un capítulo posterior debido a la necesidad que hay, para comprenderla adecuadamente, de analizar las ideologías políticas del siglo pasado y la relación de éstas con los grupos humanos.

V Los grupos humanos y las ideologías políticas del siglo XIX

Antes de pasar a describir la dinámica de los grupos humanos para fines del siglo XIX frente a los trascendentales sucesos de esa época, se hace necesario aclarar los conceptos ideológicos alrededor de los cuales se desarrollaron las luchas políticas de

este período histórico. Descritos los prototipos, se procederá a explicar las modificaciones que sufrieron al ser asimilados por nuestros grupos humanos. Estos movimientos fueron, por supuesto, el Liberal y el Conservador, corrientes complejas que han sufrido en nuestro folklore político simplificaciones que oscurecen su correcta comprensión.

El prototipo general del conservatismo tenía las siguientes características: teología católica; organización social aristocrática; organización política oligárquica; personal dirigente civilista; filosofía económica fisiocrática; psicología internacional xenofóbica; filosofía cultural etnocentrista.

El prototipo general del Liberalismo tuvo a su vez las siguientes características: teología positivista; organización social popularista; organización política, la dictadura; personal dirigente militarista; filosofía económica libre-cambista; psicología internacional xenofílica; filosofía cultural cosmocentrista.

El porqué de estas características no es motivo de este ensayo. Basta aquí con señalar que a menudo, la ideología del partido no tuvo manifestaciones en la realidad. Por ejemplo, el Liberalismo bajo ese nombre u otro, produjo las más férreas dictaduras en la América Latina (vg., Estrada Cabrera, Zelaya, Díaz, Guzmán Blanco, etc.), mientras abogaba por la democracia y los derechos individuales. El conservatismo, por otro lado, aunque surgido de la tradición universalista de la Iglesia, fue etnocentrista rabioso, tal vez por reacción a las influencias culturales foráneas más vigorosas del siglo, las del liberalismo anglosajón y francés.

Aunque el ímpetu inicial de las luchas de partidos parece haber sido clasista, las más de las veces terminaron en meras contiendas Paretianas de circulación o suplantación de élites (vg. México con Porfirio Díaz). Este fenómeno fue tan marcado que el significado de las luchas se desdibujó frecuentemente en contiendas personalistas locales a la manera de güelfos y guibelinos.

Aclimatación de las ideologías en nuestros grupos humanos

Colombia mantuvo bastante la consistencia entre los sistemas de valores iniciales y los partidos. A pesar de esto, resulta forzado e ineficaz las más de las veces, el alineamiento de los grupos humanos del Istmo a lo largo de las tradicionales banderías políticas.

Para los propósitos de este ensayo se relacionarán los sistemas de valores o características de los movimientos Liberal y Conservador, con los grupos humanos, para proceder luego a las generalizaciones políticas, si es que los hechos parecen permitirlo.

Los grupos humanos que participan positivamente de la vida nacional en este período son fundamentalmente cuatro: el blanco capitalino, el campesino azuereño, la clase media provincial, surgida en la Pampa y sucesora del latifundismo, y el mulato arrabalero.

Durante la segunda mitad del Siglo XIX, el blanco capitalino absorbió, de las ideologías en pugna, elementos sacados indistintamente de uno y otro bando.

Del conservatismo tomó el ideal social aristocrático y el político de oligarquía. Su personal de dirección fue principalmente civilista. En cuanto a religión, asumió una actitud de indiferencia, como se puede notar por la carencia de vocaciones religiosas y su falta de respaldo a los intereses de la Iglesia. De esta corriente ideológica rechazó, sin embargo, su pensamiento económico fisiocrático, su actitud internacional xenofóbica y su actitud cultural etnocentrista. El blanco capitalino, en estos órdenes de la política, fue libre-cambista, xenofílico y cosmocéntrico; es decir, tomó tres elementos conservadores, tres liberales y eliminó uno, el religioso.

El mulato arrabalero fue igualmente heterodoxo en la combinación de elementos ideológicos, a pesar de llamarse oficialmente liberal.

En religión, aunque más católico que el blanco capitalino, no dejó que este elemento influyera su actividad política de una manera perceptible, razón por la cual hemos de tildarlo de

indiferente. El arrabalero sacó de la ortodoxia liberal un ideal de organización social popularista, así como también una afición por el personal dirigente militarista y por los consiguientes dictaduras o con su variante de gobiernos de “hombres fuertes”. Su actitud internacional la obtuvo, sin embargo, del conservatismo, pues fue rabiosamente xenofóbico, como quedó ilustrado en el incidente de la “Tajada de Sandía”; de aquí, y de su escasa participación en las ganancias de la vida comercial se derivó un pensamiento económico fisiocrático profundamente anti libre-cambista, cosa que aún perdura. Éste es también rasgo distintivo del conservatismo. En actitud cultural fue en cambio cosmocentrista como efecto del cosmopolitismo de la Zona de Tránsito y de su tenue conciencia de tradición cultural.

La clase media provincial, cuyos prototipos parecen surgir de la Pampa, pero que luego abarcan otras provincias, fue también heterodoxa, aunque en menor grado.

En religión, es la única que se manifiesta católica, rasgo fundamental de la ortodoxia conservadora. En economía es fisiocrática y en personal dirigente civilista; es además xenofóbica y altivamente etnocentrista. Todos éstos son elementos de derecha. Pero en cuanto a organización social y política, forma una curiosa combinación: es oligárquica en su versión provincial del gamonalismo y popularista como resultado de su origen poliracial. Este último es, como ya se vio, rasgo de la ortodoxia liberal latinoamericana, y del conservatismo el primero.

El campesino de Azuero ofrece a su vez la combinación de los siguientes elementos: catolicismo indiferente, popularismo y dictadura u “hombre fuerte”, y xenofilia, todos estos últimos rasgos liberales. Pero, fue etnocentrista, fisiocrático y civilista, rasgos éstos del conservatismo.

Con estos cuatro grupos humanos de pensamiento disímil y heterogéneo se forma la versión de nacionalidad que corresponde a la última parte del Siglo XIX.

De la dinamia consiguiente surgen alianzas, combinaciones, y en la capa dirigente de cada núcleo, cambios de ideología con consecuencias importantes.

VI La Guerra de los Mil Días y las vísperas de 1903

El período de discusión ofrece un panorama de alianza de los grupos en competencia que debe achacarse a la afinidad de intereses y de ideología. El blanco capitalino encuentra apoyo en la clase media provincial y en los remanentes del latifundismo. El mulato arrabalero coordina sus esfuerzos con el campesino de Azuero.

La primera alianza surge automáticamente sin que pueda atribuirse a ningún personaje en especial y llega a su apogeo con Rodolfo Chiari. La segunda, en cambio, parece ser obra del General Correoso y llega a su mayor auge con el binomio Porras-Mendoza.

Como es obvio suponer, las alianzas se basaron en la afinidad y las enemistades en la discordancia. Conviene, por lo tanto, examinar a la luz de los elementos anatómicos que se discutieron a fin de descubrir las coincidencias de caracteres que provocaron los acuerdos.

El blanco capitalino y la clase media provincial coinciden sólo en su civilismo y en la tendencia oligarquizante, lazos bastante tenues para hacer perdurable esta alianza, como se encargó de comprobar la historia. La alianza Santa Ana-Azuero coincide en cambio en popularismo, fisiocracia y “hombre-fuertismo”. La aseveración de fisiocratismo para el campesino azuereño puede disputarse en vista de la política arancelaria de algunos de sus dirigentes. Esto puede achacarse a concesiones hechas con miras a una política nacional. Pero a la par de esta actitud debe recordarse la más importante y trascendental preocupación por la “Patria Chica” que manifestaron en la construcción de carreteras y mejoras para las poblaciones del interior, así como los infructuosos esfuer-

zos en materia de política agraria, que resultaron contraproducentes por impericia y excesivo optimismo.

El mayor arrastre de la combinación Santa Ana-Azuero quedó plenamente comprobado durante la Guerra de los Mil Días y en las elecciones de 1912. El eje blanco capitalino clase media provincial, se mantuvo en el poder gracias al apoyo de aliados extra-panameños y a su consabida agilidad mental en la captación de oportunidades históricas y de su realización.

Paralelamente con la explotación de la Zona de Tránsito, el blanco capitalino comenzó a sufrir pérdidas de poder que no fueron perceptibles de inmediato. La primera fue una relativa desintelectualización. La hegemonía intelectual de que gozó en el siglo pasado hubo de compartirla con otros grupos. Sus mejores talentos fueron absorbidos por el comercio y perdió así elasticidad. Los sectores puramente comerciales del grupo comenzaron a actuar solos, solicitando, a lo sumo, la asesoría de intelectuales importados, improvisados o recién reclutados de otros grupos. Circunstancia que le restó horizontes y futuridad a la política del blanco capitalino.

La segunda causa de debilitamiento del blanco capitalino se debió a la absorción demasiado rápida y sin cuidadosa asimilación de un excesivo número de comerciantes extranjeros. Esto, unido al primer fenómeno, produjo el debilitamiento de la conciencia de grupo tan indispensable a todo núcleo aristocrático, y por lo tanto, a la posibilidad de actuar como equipo. Importantes sectores del grupo dirigente, especialmente de entre los extranjeros recién aceptados, perdieron la idea del poder económico como arma de dominio social, político y cultural y buscaron la fortuna por la fortuna misma. El elemento extranjero no tardó en convertirse en el más poderoso económicamente amenazando con hacer del antiguo amo de la Zona de Tránsito y del país un apéndice de sus intereses. Además, la supresión de gran parte de la autonomía local por las reformas de Nuñez, le disminuyó al blanco capitalino su otra gran prerrogativa, la

dirección política del Istmo y lo convirtió en ayudante del alti-plano colombiano, haciendo olvidar, por lo menos por un tiempo, la gloriosa tradición del Convenio de Colón.

Antes de proseguir, conviene detenernos a revisar de nuevo algunos aspectos anatómicos de los grupos en discusión, que revelan la necesidad de conceptos y criterios especiales para nuestro ambiente sociológico.

El grupo tradicionalmente dirigente del país, el blanco capitalino, fue en esencia comerciante e intelectual. Su fuerza radicó en su pura y simple capacidad directriz dentro de la Zona más importante del país, lo que le dio automáticamente la hegemonía de éste. El blanco capitalino, a diferencia de las demás clases dirigentes de la América Latina, no tuvo ni clero ni ejército propios; además, durante el siglo XIX tampoco tuvo una organización feudal eficiente. Es decir, no poseyó ninguna de las columnas del poder aristocrático latinoamericano. Su hegemonía sobre el Istmo fue, pues, una proeza del ingenio.

Las fuentes de poder del blanco capitalino fueron exclusivamente el intelectualismo y el capital comercial móvil, junto con bienes raíces urbanos. Los dos primeros fueron sus armas de batalla; el tercero, su reserva vital. Mientras tuvo esta última, pudo retornar a las lides del poder después de sus derrotas. Así lo hizo al comienzo del siglo XIX después del letargo del XVIII y volvió a repetir la operación después de su ocaso temporal de 1912 a 1924. Los bienes raíces urbanos, a los que se aferra obsesivamente a pesar de su relativa improductividad, son las raíces de su propia existencia y esconden la clave de sus periódicos renacimientos. Con ellos cobra impuesto a los comerciantes extranjeros que evaden fácilmente otros tributos y habitan corto tiempo nuestro istmo dejando en él tan solo las migajas de sus alquileres, así como también grava a su eterno e inmediato enemigo, el mulato o el negro capitalino, según el caso al que hace pagar indirectamente parte de la estructura estatal necesaria para mantener cosidos los elementos de la nacionalidad.

Al acercarse el fin del siglo XIX, el blanco capitalino, aunque bien comido y dominante en apariencia, comenzó a demostrar las graves deficiencias apuntadas, que no tardaron en ser reconocidas por el duunvirato Santa Ana-Azuero. Este elemento se sintió de repente con el dominio intelectual del país y olfateó el debilitamiento económico relativo del blanco capitalino orillado por los inmigrantes. Al estallar la contienda colombiana, surgió la oportunidad de ajustar cuentas y ésta fue aprovechada. Es curioso señalar que el debilitamiento del blanco capitalino fue tan marcado, que no pudo poner en el campo de batalla fuerzas apreciables, ni siquiera un dirigente destacado. Azuero-Santa Ana, por el contrario, armaron ejércitos y produjeron caudillos de primera línea. La guerra fue principalmente de la masa panameña contra el ejército gubernamental colombiano, defensor de la ciudadela del blanco capitalino, que pasivamente observó los acontecimientos militares junto con la deserción de importantes elementos suyos al campo del contrario.

La Guerra de los Mil Días representó el primer esfuerzo coordinado en escala nacional efectuado por las fuerzas populares de Panamá por conquistar el poder. La batalla del Puente truncó el impulso momentáneamente, pero no pudo borrar el hecho demostrado de que Azuero-Santa Ana eran los dueños del país, y que sólo fuerzas militares extranjeras habían podido arrebatárles la victoria. Un triunfo liberal completo en aquel entonces le hubiera presentado a Bogotá el problema de un ejército popular panameño dominando el Istmo y separado por geografía e ideología del poder central. Los resultados de esta situación no son difíciles de prever. Tal vez, una tregua resguardada por el *Wisconsin* mientras las Estados Unidos negociaban con uno y otro bando para obtener las mejores condiciones. Hubiera sido una competencia de concesiones entre Colombia y Panamá, con efectos probablemente desastrosos para nuestra nacionalidad, o tal vez habríamos

presenciado la reconciliación entre liberales panameños y conservadores colombianos con base en un Estado Soberano Liberal enclavado en una República conservadora, solución con debilidades obvias.

La Guerra de los Mil Días tuvo otro efecto de gran importancia para el equilibrio de poderes entre las Zonas y es que de ella salió deshecha la economía agraria de Panamá. En cambio, la economía de la Zona de Tránsito no sufrió de manera comparable. Los ejércitos contendores arrasaron la ganadería, la vida rural, pero, a la ciudad capital le impusieron sólo un imperfecto bloqueo, y de corta duración.

Vísperas de la independencia y el trauma del Rechazo del Tratado Herrán-Hay

En vísperas de la Independencia la situación general del país era así: en cuanto a Zonas, la de Tránsito salió aún más reforzada en relación con el Interior. En cuanto a grupos, la alianza Santa-Ana-Azuero demostró su poder, aunque derrotada. El efecto histórico a largo plazo de la superimposición de estos dos factores fue que las fuerzas políticas populares comenzaron a ser atraídas hacia el pensamiento económico de la Zona preponderante, donde, además, se encontraba enclavada la mitad de su fuerza política.

Nunca en la historia estuvo el blanco capitalino en condiciones tan angustiosas como en 1903. La alianza de fuerzas populares había neutralizado a sus aliados interioranos y dominaba a la República. Su hegemonía intelectual estaba perdida. Sólo le quedaba la pequeña península de la capital y ésta por obra y gracia de fuerzas colombianas; y dentro de sus murallas, comerciantes extranjeros lo empujaban más y más hacia un caserismo estático. Como si esto fuera poco, vino el rechazo del tratado del Canal a poner fin definitivo a sus sueños ya febriles de recuperación. Bajo estas condiciones amaneció

“el 3 de noviembre”, fecha cumbre de nuestra historia, pero más memorable aún para el grupo que discutimos. En cuestión de horas, este puñado humano de increíble resistencia cambió su porvenir y el del país. Poniendo en juego toda la experiencia aprendida en cuatro siglos de luchas y trastornos salió del claustro de sus casas apiñadas e hizo lo que otros no pudieron construir.

Generalizaciones

1. La nacionalidad tiene una base geográfica dividida en zonas y una base humana dividida en grupos.
2. La adecuada comprensión de nuestra historia debe hacerse tomando a los grupos humanos como elementos fundamentales. Éstos son conglomerados de personas y familias que participan en nuestra historia de manera conjunta y duradera como una unidad.
3. Su consolidación obedece a razones de raza, historia, geografía, psicología, antecedentes culturales y económicos. Ninguna de éstas es determinante por sí sola y tampoco influye de igual manera o con la misma intensidad en cada caso.
4. Los conceptos de partido o ideología son ineficaces para descifrar nuestra historia, porque al ser asimilados por cada grupo, sufren profundas modificaciones, que desnaturalizan su significado original.
5. El concepto de clase social es también ineficaz, por dos razones fundamentales: primero, porque los grupos humanos del Istmo han estado a menudo desconectados económica y socialmente entre sí; y segundo, porque su

actuación histórica ha obedecido con frecuencia a motivaciones no económicas.

6. Los grupos humanos demuestran una extraordinaria resistencia a través del tiempo, lo que acrecienta su valor como elemento básico de análisis y punto de apoyo o referencia de interpretaciones.
7. Los grupos humanos parecen haber buscado su fusión mediante su desdibujamiento y unificación, pero esta tendencia original fue interrumpida por traumas exteriores que permitieron la cristalización de cada sector.
8. Como efecto de la cristalización, los grupos se han diferenciado sociológicamente orientando sus actitudes históricas de manera diversa.
9. La nacionalidad es el resultante, no de una integración o síntesis estática, sino del equilibrio dinámico de los grupos humanos que la componen en un momento dado.
10. Cuando se rompe el equilibrio existente, el grupo amenazado busca a menudo alianzas exteriores para protegerse.
11. El equilibrio es aquel estado de cosas que le permite a cada grupo una satisfacción vital suficiente como para frenar su ímpetu egoísta y centrífugo y evitar que busque aliados exteriores. Se rompió durante el trauma de los bucaneros con la desertión del indígena y los cimarrones; luego, con el centralismo colombiano y la alianza del arrabal con éste; en 1903 cuando el blanco capitalino buscó el apoyo norteamericano; en 1926 con la República de Tule, y, últimamente ha amenazado romperse de nuevo

con brotes de izquierdismo internacionalista surgidos de la antigua Santa Ana.

12. El cuerpo social integrado por los grupos en tensión, sufre a menudo traumas provenientes del exterior que obligan a la nacionalidad a efectuar un reajuste del equilibrio pre-establecido a fin de presentar una resistencia adecuada al impacto recibido.
13. Los traumas son de superimposición o de oscilación. Los primeros tienden a producir el desequilibrio de zonas; los segundos, cambios violentos de asiento de la nacionalidad, con desplazamiento de zonas y grupos y reducción de la geografía efectiva del país o ecúmene.
14. Panamá, una nación a la intemperie, sobrevive gracias a la ágil flexibilidad para combinaciones de sus grupos humanos, empeñados en mantener el dominio de la nacionalidad sobre un área geográfica débil geopolíticamente, pero codiciada con gran intensidad desde el exterior.
15. Este ecúmene de la nacionalidad cuenta con una zona de enorme valor, la de tránsito, que es cabalmente la más expuesta y con otra, el interior, que sirve de punto de apoyo, de fuente de recursos alimenticios y demográficos para la constante brega, y de refugio recuperador en las derrotas.
16. La dificultad de la defensa de la Zona de Tránsito se ve acrecentada por el hecho de servir de “hábitat” a dos grupos en pugna casi constante.
17. Los grupos que han habitado y habitan la zona del interior actúan, además de los explicados, como elemento morigerador y de equilibrio.

18. El blanco capitalino demuestra ser el grupo clave debido a su especialización en política exterior, que ha sido la determinante de nuestra historia.
19. La nacionalidad panameña tiene una organización única que la faculta para jugar un papel histórico trascendental, el de custodio de la Hispanoamericanidad en la garganta vital de la América Latina.

Índice

Ernesto J. Castillero R.
**RAICES DE LA INDEPENDENCIA
DE PANAMÁ**

5	INTRODUCCIÓN
7	CAPÍTULO I: Antecedentes de la emancipación americana.
17	1821
19	CAPÍTULO II: El Istmo de Panamá proclama su independencia de España.
35	CAPÍTULO III: Cómo fue recibida la incorporación del Istmo por Colombia.
53	1830
55	CAPÍTULO IV: Primer intento de emancipación del Istmo de Colombia.
71	1831
73	CAPÍTULO V: Segunda independencia de Panamá.
109	1840
111	CAPÍTULO VI: Herrera ante el problema del separatismo.
119	CAPÍTULO VII: Proclamación de la independencia del Istmo en 1840.
141	CAPÍTULO VIII: El Istmo se reincorpora a la Nueva Granada.
161	1855
163	CAPÍTULO IX: El Doctor Justo Arosemena y el Estado Federal. Fin de este régimen.
173	CAPÍTULO X: Cómo y por qué surgió la República de Panamá en 1903.
183	APÉNDICES.
257	Bibliografía.

Ricaurte Soler
**FORMAS IDEOLÓGICAS
DE LA NACIÓN PANAMEÑA**

261	Palabras preliminares.
273	Prólogo a la segunda edición.
275	Prólogo.
279	Introducción.
281	1. Formas ideológicas de la cultura colonial.
285	2. La ideología del criollo y la modernidad.
291	II. Premisas ideológicas en la estructuración de la nacionalidad.
293	3. La formación de la conciencia liberal.
299	4. La filosofía positivista del liberalismo.
309	5. Conciencia liberal y conciencia nacional.
319	III. La crisis ideológica del Estado neo-liberal.
321	6. Imperativos ideológicos de la república y condiciones objetivas.
325	7. La teoría pedagógica de la República Neo-liberal.
331	8. Del Neo-liberalismo Socializante al Neo-liberalismo Arcaizante.
343	IV. Conclusiones.
349	Bibliografía citada.

Hernán F. Porras
**PAPEL HISTÓRICO
DE LOS GRUPOS HUMANOS
DE PANAMÁ**

355	Prólogo a esta edición.
363	Prólogo.
369	Introducción.
373	I. Zonas Geográficas.
376	II. Los grupos humanos.
382	III. Los traumas y el equilibrio de zonas.
391	IV. Los grupos humanos y los traumas de la colonia del siglo XIX.
402	V. Los grupos humanos y las ideologías políticas del siglo XIX.
406	VI. La Guerra de los Mil Días y las vísperas de 1903.

Biblioteca de la Nacionalidad

TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN



- **Apuntamientos históricos (1801-1840)**, Mariano Arosemena.
El Estado Federal de Panamá, Justo Arosemena.
- **Ensayos, documentos y discursos**, Eusebio A. Morales.
- **La décima y la copla en Panamá**, Manuel F. Zárate y Dora Pérez de Zárate.
- **El cuento en Panamá. Estudio, selección, bibliografía**, Rodrigo Miró.
Panamá: Cuentos escogidos, Franz García de Paredes (Compilador).
- **Vida del General Tomás Herrera**, Ricardo J. Alfaro.
- **La vida ejemplar de Justo Arosemena**, José Dolores Moscote y Enrique J. Arce.
- **Los sucesos del 9 de enero de 1964. Antecedentes históricos**, Varios autores.
- **Los Tratados entre Panamá y los Estados Unidos**.
- **Tradiciones y cantares de Panamá. Ensayo folklórico**, Narciso Garay.
Los instrumentos de la etnomúsica de Panamá, Gonzalo Brenes Candanedo.
- **Naturaleza y forma de lo panameño**, Isaías García.
Panameñismos, Baltasar Isaza Calderón.
Cuentos folklóricos de Panamá. Recogidos directamente del verbo popular, Mario Riera Pinilla.
- **Memorias de las campañas del Istmo 1900**, Belisario Porras.
- **Itinerario. Selección de discursos, ensayos y conferencias**, José Dolores Moscote.
Historia de la instrucción pública en Panamá, Octavio Méndez Pereira.
- **Raíces de la Independencia de Panamá**, Ernesto J. Castillero R.
Formas ideológicas de la nación panameña, Ricaurte Soler.
Papel histórico de los grupos humanos de Panamá, Hernán F. Porras.
- **Introducción al Compendio de historia de Panamá**, Carlos Manuel Gasteazoro.
Compendio de historia de Panamá, Juan B. Sosa y Enrique J. Arce.
- **La ciudad de Panamá**, Ángel Rubio.
- **Obras selectas**, Armando Fortune.

- **Panamá indígena**, Reina Torres de Araúz.
- **Veintiséis leyendas panameñas**, Sergio González Ruiz.
Tradiciones y leyendas panameñas, Luisita Aguilera P.
- **Itinerario de la poesía en Panamá (Tomos I y II)**, Rodrigo Miró.
- **Plenilunio**, Rogelio Sinán.
Luna verde, Joaquín Beleño C.
- **El desván**, Ramón H. Jurado.
Sin fecha fija, Isis Tejeira.
El último juego, Gloria Guardia.
- **La otra frontera**, César A. Candanedo.
El ahogado, Tristán Solarte.
- **Lucio Dante resucita**, Justo Arroyo.
Manosanta, Rafael Ruiloba.
- **Loma ardiente y vestida de sol**, Rafael L. Pernet y Morales.
Estación de navegantes, Dimas Lidio Pitty.
- **Arquitectura panameña. Descripción e historia**, Samuel A. Gutiérrez.
- **Panamá y los Estados Unidos (1903-1953)**, Ernesto Castellero Pimentel.
El Canal de Panamá. Un estudio en derecho internacional y diplomacia, Harmodio Arias M.
- **Tratado fatal! (tres ensayos y una demanda)**, Domingo H. Turner.
El pensamiento del General Omar Torrijos Herrera.
- **Tamiz de noviembre. Dos ensayos sobre la nación panameña**, Diógenes de la Rosa.
La jornada del día 3 de noviembre de 1903 y sus antecedentes, Ismael Ortega B.
La independencia del Istmo de Panamá. Sus antecedentes, sus causas y su justificación, Ramón M. Valdés.
- **El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)**, Luis Navas.
Blázquez de Pedro y los orígenes del sindicalismo panameño, Hernando Franco Muñoz.
El Canal de Panamá y los trabajadores antillanos. Panamá 1920: cronología de una lucha, Gerardo Maloney.
- **Panamá, sus etnias y el Canal**, varios autores.
Las manifestaciones artísticas en Panamá. Estudio introductorio, Erik Wolfschoon.
- **El pensamiento de Carlos A. Mendoza.**
- **Relaciones entre Panamá y los Estados Unidos. Historia del canal interoceánico desde el siglo XVI hasta 1903 (Tomo I)**, Celestino Andrés Araúz y Patricia Pizzurno.



A los Mártires de enero de 1964,
como testimonio de lealtad a su legado
y de compromiso indoblegable
con el destino soberano de la Patria.

